



CONCEPTOS
Y FENÓMENOS
FUNDAMENTALES
DE NUESTRO
TIEMPO

UNAM

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES

SOCIALISMO DESDE ABAJO
LA IMPRONTA INDO-AFRO-LATINOAMERICANA
PARA EL SIGLO XXI
ISABEL RAUBER

Abril 2009

SOCIALISMO DESDE ABAJO
LA IMPRONTA INDO-AFRO-LATINOAMERICANA PARA EL SIGLO XXI

Por: Isabel Rauber¹

Índice general

I. UN REPASO IMPRESCINDEBLE.....	3
<i>Socialismo: introducción al concepto.....</i>	5
<i>Fundamentos de la propuesta socialista contemporánea.....</i>	11
El comunismo como meta, el socialismo como transición	11
II. LAS EXPERIENCIAS SOCIALISTAS DEL SIGLO XX.....	14
<i>Del socialismo como transición, a la transición al socialismo</i>	14
Del capitalismo al socialismo de Estado.....	16
Miradas no leninistas respecto a la transición en el siglo XX.....	35
<i>Interrogantes planteadas</i>	36
III. SIGLO XXI: TIEMPO DE <i>REVOLUCIONES DESDE ABAJO</i>	51
<i>Una nueva proyección estratégica: la revolución desde abajo</i>	53
<i>La construcción de poder popular desde abajo.....</i>	56
Precisiones del concepto “desde abajo”	57
¿Construir poder <i>versus</i> tomar el poder?	61
¿“Vía electoral” para la toma del poder?	69
<i>Ir más allá del capitalismo, supone una larga transición</i>	75
BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA/EMPLEADA	77

¹ Dra. en Filosofía. Directora de *Pasado y Presente XXI*. Estudiosa de las relaciones de poder, la construcción de poder popular, y los caminos de transformación social en Latinoamérica.

I. UN REPASO IMPRESCINDEBLE

Pensar acerca del socialismo no es un detalle, un dato o una alusión caprichosa de izquierdistas cerrados o románticos. El socialismo ha sido la mayor conmoción social de la historia humana, marcada por la disputa y el acceso exitoso al poder político, económico y social de las masas obreras, campesinas y asalariadas. Hablar del socialismo real implica, por tanto, hablar del sistema mundo del siglo XX: de las revoluciones y hechos que lo configuraron, hasta las contrarrevoluciones y acontecimientos que a fines del siglo originaron su caída y desaparición como sistema con presencia e impacto mundial. A tono con ello, su desaparición implicó un cambio radical en la configuración del sistema mundo, crecientemente orientado ahora hacia la unipolaridad hegemónica del capital a escala global, situación que adelantó –a su vez- la llegada del siglo XXI.

Las experiencias socialistas han transitado caminos diversos y, aunque puede considerarse que han compartido y evocado –al menos de palabra- las mismas fuentes de pensamiento (marxismo, marxismo-leninismo), no siempre han compartido los mismos postulados teóricos o sus interpretaciones, ni han desarrollado idénticas prácticas de construcción del socialismo. No resulta acertado entonces referirse al “socialismo real” como si se tratara de una sola experiencia o un único modelo de socialismo que existió en el siglo XX. La experiencia soviética ha sido, obviamente, la de mayor impacto, pero simultáneamente a la propuesta del socialismo soviético se desarrollaron diversas variantes en Yugoslavia, Albania, China, Korea, Vietnam y Cuba. Cada una de estas experiencias buscó y apostó a caminos diversos para llevar adelante la revolución socialista y particularmente el período de la transición al socialismo. Unas apelaron al mercado regulado, otras al férreo y absoluto control social del Estado, otras a la revolución cultural, otras al poderío nuclear y militar, y otras, como el caso de Cuba, a la *creación del hombre nuevo* como sustrato y futuro de la revolución.

¿Puede considerarse –como sostienen algunos- que existieron dos concepciones (y prácticas) socialistas: una propia de los socialismos este-europeos y otra propia del socialismo del Sur, particularmente en Cuba? Es elemental que no. Teniendo en cuenta los casos mencionados, sería tan equivocado considerar que existió un solo modelo de socialismo, como pretender reducir todas las experiencias a dos tipos/modelos de socialismo: uno esteuropeo y otro “del sur”, por ejemplo latinoamericano, cubano. Estas

diferencias indudablemente existen, pero en su conjunto, son mayores que las que presupone una mirada dicotómica de la historia global de lucha de los pueblos por su liberación. Sin embargo, aunque reconociéndolas en su totalidad, a la luz de lo vivido a fines del siglo XX, cabe una interrogante:

¿Fueron realmente radicalmente diferentes los socialismos que existieron, o -pese a las divergencias-, compartieron la misma visión acerca del tránsito al socialismo, el poder y los sujetos? ¿Qué enseñanzas, interrogantes y problemas resultan, en cualquier caso, imprescindibles de repensarse en la actualidad? ¿Es posible plantearse la alternativa socialista en el siglo XXI? Estas son algunas de las interpelaciones que suscitan las presentes reflexiones.

Como motivación/inspiración de ellas, propongo tener presente/evocar las siguientes consideraciones:

- “Para nosotros, el comunismo no es un estado que debe implantarse, un ideal al que ha de sujetarse la realidad. Nosotros llamamos comunismo al movimiento real que anula y supera al estado de cosas actual. Las condiciones de este movimiento se desprenden de la premisa actualmente existente.” [*Carlos Marx y Federico Engels*]

- “No queremos ciertamente, que el socialismo sea en América calco y copia. Debe ser creación heroica. Tenemos que dar vida con nuestra propia realidad, en nuestro propio lenguaje, al socialismo indoamericano. He aquí una misión digna de una generación nueva.” [*José Carlos Mariátegui*]

- “...la teoría política no es una ciencia enigmática cuya jerarquía cabalística manejan unos pocos iniciados, sino un instrumento de las masas para desatar la tremenda potencia contenida en ellas. No les llega como un conjunto de mandamientos dictados desde las alturas, sino como un proceso de su propia conciencia hacia la comprensión del mundo que han de transformar.” [*John W. Cooke*]

- “Hablemos claramente. Los errores cometidos por un movimiento obrero verdaderamente revolucionario son históricamente mucho más fecundos y más validos que la infalibilidad del mejor comité central.” [*Rosa Luxemburgo*]

- “El hombre, en el socialismo, a pesar de su aparente estandarización, es más completo; a pesar de la falta del mecanismo perfecto para ello, su posibilidad de expresarse y hacerse sentir en el aparato social es infinitamente mayor. Todavía es preciso acentuar su participación consciente, individual y colectiva, en todos los mecanismos de dirección y de producción y ligarla a la idea de la necesidad de la educación técnica e ideológica, de manera que sienta cómo estos procesos son estrechamente interdependientes y sus avances son paralelos. Así logrará la total conciencia de su ser social, lo que equivale a su realización plena como criatura humana, rotas las cadenas de la enajenación.” [Ernesto Che Guevara]

SOCIALISMO: INTRODUCCIÓN AL CONCEPTO

Teniendo en cuenta las experiencias socialistas del siglo XX, más la ofensiva ideológica del capitalismo, hablar hoy del socialismo como alternativa superadora del capitalismo, vigente para los pueblos, más que esclarecer perspectivas tiende a confundirlas. Antes de apresurarse a justificar una u otra postura, vale recordar que en tiempos de Marx y Engels, el concepto socialismo resultaba también confuso para definir los enfoques y las conductas políticos. En el Prefacio a la edición alemana del Manifiesto Comunista en 1890, Engels explicó porqué -cuando apareció- no pudieron titularle *Manifiesto Socialista*. “En 1847, se comprendía con el nombre de socialista a dos categorías de personas. De un lado, los partidarios de diferentes sistemas utópicos, particularmente los owenistas en Inglaterra y los fourieristas en Francia, que no eran ya sino simples sectas en proceso de extinción paulatina. De otro lado, los más diversos curanderos sociales que aspiraban a suprimir, con sus variadas panaceas y emplastos de toda suerte, las lacras sociales sin dañar en lo más mínimo al capital ni a la ganancia. (...) El socialismo representaba en 1847 un movimiento burgués; el comunismo, un movimiento obrero.”²

En virtud de ello, al exponer sus ideas socialistas, Marx y Engels decidieron identificar al socialismo que defendían con el calificativo de “científico”. Ellos consideraban que su propuesta y método de análisis eran “científicos” porque se basaban en la concepción materialista (dialéctica) de la historia: analizaron y expusieron el modo

² Marx, Carlos y Engels, Federico, “Manifiesto Comunista”, En: Marx, Carlos y Engels, F., *Obras Escogidas* en 3 tomos, T I., Editorial Progreso, 1976, Moscú, p. 104

capitalista de producción en sus interconexiones, tal como estas existieron en su época histórica, y desde allí analizaron las posibilidades y vías de su caída, definieron quiénes y cómo la realizarían. Es decir, que la cientificidad de la propuesta implicaba y se desprendía del análisis concreto de la situación y las interrelaciones concretas (y cambiantes).

Al respecto, y recalcando su diferencia con el socialismo precedente, Engels subrayó que: “el socialismo anterior criticaba el modo de producción capitalista existente y sus consecuencias, pero no acertaba a explicarlo, ni podía por tanto, destruirlo ideológicamente; no alcanzaba más que a repudiarlo, lisa y llanamente, como malo. Cuanto más violentamente clamaba contra la explotación de la clase obrera, inseparable de ese modo de producción, menos estaba en condiciones de de indicar claramente en qué consistía y como nacía esta explotación.”³

¿Qué estaba subrayando Engels?

Que el materialismo por ellos fundamentado buscaba conocer el mundo real tal como este se presentaba, analizar los hechos, enfocándolos en su movimiento y propia concatenación y no en una concatenación imaginaria. Este es, subraya Engels, el lado revolucionario del método dialéctico que tanto él como Marx rescataron de Hegel. Aceptar esto, subrayó, supone asumir -en teoría y práctica-, “que el mundo no puede concebirse como un conjunto de objetos terminados, sino como un conjunto de procesos, en el que las cosas que parecen estables, al igual que sus reflejos mentales en nuestras cabezas, los conceptos, pasan por una serie ininterrumpida de cambios, por un proceso de génesis y caducidad (...). Pero una cosa es reconocerla de palabra y otra es aplicarla a la realidad concreta, en todos los campos sometidos a investigación. Si en nuestras investigaciones nos colocamos siempre en este punto de vista, daremos al traste de una vez para siempre con el postulado de soluciones definitivas y verdades eternas; tendremos en todo momento la conciencia de que todos los resultados que obtengamos serán forzosamente limitados y se hallarán condicionados por las circunstancias en las cuales los obtenemos (...)”⁴

³ Engels, Federico. “Del socialismo utópico al socialismo científico” En: Marx, Carlos y Engels, F., *Obras Escogidas* en 3 tomos, T III., Editorial Progreso, 1974, Moscú, p. 140.

⁴ Engels, Federico. “Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana” En: Marx, Carlos y Engels, F., *Obras Escogidas* en 3 tomos, T III., Editorial Progreso, 1974, Moscú, pp. 381-382.

Traigo a colación estas consideraciones elementales de la propuesta de teoría y praxis social fundamentada por Marx y Engels porque ella fue posteriormente tanto ensalzada como tergiversada, al punto de llegar incluso a convertirla en su contrario: un dogma doctrinario, cuya letra (muerta) podía ser repetida pero no aplicada consecuentemente (creadoramente) como orientación para el análisis de la vida social y los movimientos reales de una sociedad en un momento histórico determinado, en primer lugar a la analítica y reflexión crítica de las experiencias socialistas del siglo XX y, correlativamente también, de la propuesta teórica de las venideras alternativas socialistas.

Parecería una obviedad –para el pensar dialéctico- asegurar que la solución de toda contradicción genera nuevas (desconocidas) contradicciones, que es necesario identificar y conocer para poder actuar más certeramente en la nueva situación social creada. Si el proceso histórico-social no se detiene, no hay tampoco soluciones definitivas ni verdades eternas.

A tono con esto, la llegada de las revoluciones sociales del siglo XX debió haber abierto como nunca antes el diapasón y la profundidad de los análisis acerca del cambio social y –particularmente- acerca del socialismo, enriqueciendo lo hasta entonces pensado (e intuitivo) a partir de las nuevas condiciones sociales creadas, y las enseñanzas que emanaban de la apropiación crítico-reflexivas de las experiencias concretas de construcción revolucionaria de lo nuevo. Pero ocurrió lo contrario: con el afianzamiento del poder constituido con la primera revolución proletaria del siglo XX y el fortalecimiento (aislado) del Estado soviético, la teoría revolucionaria dejó de ser tratada como guía (pensamiento abierto a la vida) para la acción sociotransformadora histórico-concreta, y se convirtió en *doctrina* y, peor aún, en *doctrina de Estado*. Es decir, se integró a la concepción y mecanismos de la *defensa del Estado*, con lo cual, el pensamiento abierto, el disenso, la crítica, aparecerían siempre vinculados con la duda, la sospecha de la filiación o calidad ideológica de quienes así lo manifestaban.

Esto, además de servir para justificar persecuciones políticas por parte del poder, trajo aparejado el congelamiento conceptual de la teoría iniciada por Marx y Engels, paralizó su sentido y su capacidad de cuestionamiento/orientación crítica de las prácticas de lucha y construcción de lo nuevo. La otrora teoría revolucionaria se transformó (y envasó) en *vademécums* casi religiosos que había que invocar y repetir permanentemente en aras de

demostrar la fidelidad ideológico-revolucionaria. Así, la emergente *doctrina marxista-leninista* se convirtió en poderosa herramienta de manipulación política, un camino para el desarrollo de oportunistas y mediocres, que pretendieron ser “intelectuales” abriéndose paso editorial apelando a la exégesis de los clásicos, exégesis que –con el apoyo del poder- fue erigida en teoría y esgrimida como señal de fortaleza ideológica de sus profesantes.

La teoría revolucionaria pagó altos costos por esto y, consiguientemente, también las prácticas revolucionarias: Tanto la exégesis como su contracara, la constante explicación del presente recurriendo a la evocación de citas descontextualizadas, manipuladas, de los clásicos del “marxismo”, pretendieron -por un lado-, demostrar la actualidad y vigencia de los planeamientos de los creadores de la teoría revolucionaria, y -por otro, a la vez-, interrogar a los textos de Marx, Engels y Lenin para mostrar como “correctas” -y justificar- las políticas de los estados “socialistas”, tanto hacia lo interno como su línea de acción internacional impulsada a través de la Internacional Comunista y sus partidos miembros.

De conjunto, esto congeló, obstaculizó e impidió el desarrollo del pensamiento analítico-crítico de la realidad, tanto de los experimentos socialistas como de las luchas anticapitalistas en el mundo, con lo cual todo intento de pensar la realidad partiendo de ella, debió desarrollarse forzosamente por fuera de aquel marxismo o del marxismo-leninismo “oficiales”.

El penoso saldo teórico y práctico a que ello condujo nos golpeó y nos golpea hoy a todos como dificultad (y a veces como incapacidad) teórica para entender el presente, sus problemáticas, los actores-sujetos y las alternativas socio-políticas, económicas y culturales concretas que de ellos y con ellos van emergiendo, es decir, se tradujo en incapacidad para pensar/actuar en el tiempo actual con las herramientas que este requiere.

Rescatar la vertiente viva de la propuesta teórica revolucionaria del socialismo y el comunismo, alentar el desarrollo del pensamiento social vivo -en desarrollo constante-, capaz de interrogar las actuales prácticas revolucionarias de los pueblos y a la vez nutrirse de ellas, tiene hoy un significado político, teórico y práctico crucial. No es ocioso recordar que para Marx y Engels la teoría socialista era sustrato, soporte y sostén de las prácticas socio-transformadoras a la vez que partía de ellas, y se desarrollaba y nutría

también partiendo de ellas, en ellas y con ellas, cual corresponde al pensamiento crítico y –por tanto- a las labores de los intelectuales orgánicos del movimiento revolucionario socio-transformador.

Retomar tales postulados es imprescindible, pero nunca suficiente. En nuestra América es vital abrir la mente y el corazón a los pueblos originarios, a las comunidades negras, a los mestizos, a los descendientes de inmigrantes asiáticos y europeos, y al arco iris de identidades, pensamientos y propuestas que ello implica.

Las experiencias socialistas del siglo XX, su ocaso y desaparición obligan a desdeñar los dogmas y girar la vista hacia las realidades y sus actores. Y esto llama a nutrirse, en primer lugar, de los postulados fundantes de la teoría revolucionaria moderna y, a la vez, a desarrollarlos. No basta con *declamar* acerca de la vigencia del ideal socialista, es vital replantearlo como alternativa concreta y realizable hoy y, en tal sentido, resignificarlo. Y ello solo puede ser obra conjunta/interactiva de los actores y actoras sociales y políticos con sus intelectuales orgánicos y las organizaciones sociales y políticas que, de conjunto, sean capaces de construir –en tanto creadores y artífices de sus destinos-, para la consecución de los objetivos propuestos colectivamente.

Se trata de buscar caminos y modalidades de reconocimiento y convivencias interculturales, nutriéndonos de todas las subjetividades y construyendo el pensamiento revolucionario latinoamericano, propio de cada pueblo, intercultural, descolonizado y abierto a la creación colectiva permanente de los pueblos.

Y no es un llamado al multiculturalismo que -fotográfico y reaccionario-, en realidad, busca esconder y sustentar una hegemonía única, la del poder. La interculturalidad liberadora supone *la descolonización* del modo de vida y de pensamiento, es decir, de la interrelación entre Estado, sociedad y ciudadanía, fundando (construyendo) un nuevo tipo de interrelación, es decir, un nuevo tipo de Estado, de sociedad, de ciudadanía. Y ello solo es posible construyendo relaciones horizontales (de equidad) entre todos los habitantes de un país, independientemente de la comunidad a la que pertenezcan.

Se trata de construir *una sociedad igual para todos* sus integrantes. Por ello, en nuestras tierras, la constitución de la Nación es parte inseparable del proceso de liberación/reparación de los daños de la conquista y colonización y su legado de

exclusión social, política, jurídica, económica y cultural, junto a la lucha por la igualdad y la justicia.

Al definir ese nuevo Estado como socialista, se anuncia también un nuevo socialismo, ahora definido y diseñado como tal mediante la participación de todos y todas. Este resulta hoy –como ayer- entrelazado con la liberación nacional, pero en nueva dimensión liberadora. Porque ahora este entrelazamiento se concibe y proyecta, por primera vez, intrínsecamente, como parte de un proceso mayor de liberación: la descolonización interna y externa (espiritual, cultural, económica, política, jurídica e institucional), que necesariamente reclaman los pueblos en cada país y en Latinoamérica toda. Este proceso está profundamente anudado además, al antiimperialismo, particularmente al que enfrenta al imperialismo norteamericano, dada la histórica injerencia oportunista de este último en nuestras tierras a partir del triunfo criollo en las guerras independentistas de los siglos XVIII y XIX, para constituirse –desde el vamos- en el nuevo -y muy tramposo- conquistador, cuya intromisión sostenida y creciente alterna cíclicamente entre la hipócrita sonrisa democrática deferente, cuando es complacido –por cualquier medio- en sus requerimientos, y el empleo del *gran garrote*, cuando es rechazado o postergado en ello.

De conjunto, los actuales procesos liberadores reclaman la construcción/constitución en cada país, de un Estado descolonizado, intercultural y plurinacional. Este resulta, en principio, un ideal/objetivo que, cual brújula sociopolítica, orienta y abona el camino hacia él.

El proceso boliviano actual, heroicamente creado y construido por sus pueblos desde abajo, es -aunque todavía casi único-, la primer y más grande muestra de que esto no solo es posible, sino vital, para que en tierras de América comience a abrirse paso el nuevo mundo, el mundo radicalmente post-capitalista, es decir, el mundo orientado a un socialismo renovado desde abajo, sin colonialismo interno ni externo, como bien lo definió Evo Morales en su discurso público luego del triunfo popular/gubernamental en el *referéndum* por la nueva constitución, el 25 de enero de 2009. Hacer de esto una realidad omnipresente en este continente, es parte también de los actuales desafíos civilizatorios de la humanidad.

El comunismo como meta, el socialismo como transición

Premisas para la revolución socialista

Marx analizó el capitalismo de su época, particularmente el de Inglaterra, al que consideraba entonces el más completo y desarrollado, y en fase de expansión civilizatoria universal. De él, y del análisis de las experiencias de las luchas de clases protagonizadas por obreros y campesinos europeos, junto a la experiencia de la Comuna de París, extrajo conclusiones acerca de la revolución social y el socialismo.

Según Marx, la revolución social no respondía a principios justicieros ni a la voluntad de unos o varios agitadores. Su posibilidad se desprendía de un conjunto de condiciones económicas, sociales y políticas, que tanto él como Engels consideraron premisas para la ocurrencia de revoluciones sociales proletarias y el advenimiento de sociedades socialistas.

Por la trascendencia que esta enunciación ha tenido en el diseño de las revoluciones del siglo XX, en su programática y recorrido histórico, social, económico, político y cultural me referiré a ellas aunque de modo breve, teniendo en cuenta las limitaciones de espacio.

En *La Ideología alemana*, Marx y Engels subrayan la necesidad de la existencia de dos premisas prácticas para poner fin a la enajenación y avanzar al comunismo: que el capital “engendre a una masa de la humanidad como absolutamente <desposeída> y, a la par con ello, (...) un gran incremento de la fuerza productiva, un alto grado de su desarrollo (...).”⁵ Las premisas anteriores están absolutamente interconectadas: alto grado de desarrollo económico (al punto tal de hacer madurar la contradicción entre la necesidad de crecimiento de las fuerzas productivas y el capital), y la conformación de una gran masa proletaria con sus organizaciones sindicales y políticas. He ahí las *premisas* para la ocurrencia de una revolución social: La existencia de una base *económico-material* desarrollada y –correlativamente– del *sujeto* de la revolución, la fuerza social que la haría y llevaría adelante, construyendo las bases político-

⁵ Marx, Carlos y Engels, Federico, “La Ideología alemana”, En: Marx, Carlos y Engels, F., *Obras Escogidas* en 3 tomos, T I., Editorial Progreso, 1976, Moscú, p. 34

institucionales, jurídicas, sociales, económicas y culturales necesarias para hacer avanzar el proceso socialista hacia el comunismo.

En virtud de ello Marx espera (supone) la ocurrencia de revoluciones socialistas en países desarrollados, por ejemplo, en Inglaterra. “Es el único país en el que no hay ya *campesinos* y la propiedad sobre la tierra se concentra en manos de unos cuantos propietarios. Es el único país en el que la *forma capitalista*, es decir, la agrupación del trabajo en vasta escala bajo el poder de patronos capitalistas se ha extendido casi a toda la producción. Es el único país en el que la *gran mayoría de la población consta de trabajadores asalariados (wages labourers)*. Es el único país en el que la lucha de clases y la organización de la clase obrera en las tradeuniones han alcanzado cierto grado de madurez y universalidad. (...) Si bien Inglaterra es el país clásico del sistema de los grandes propietarios de tierra y del capitalismo, han madurado en ella más que en otros países *las condiciones materiales para la supresión de tal sistema.*”⁶

La ocurrencia de una revolución social en Inglaterra tenía además la “virtud” de propiciar la revolución en todo el mundo, debido a su dominación en el mercado mundial. Y ello era muy importante para Marx porque en su criterio el comunismo no sería posible en un país por separado, “solo puede darse como la acción <coincidente> o simultánea de los pueblos dominantes, lo que presupone el desarrollo universal de las fuerzas productivas y el intercambio universal que lleva aparejado.”⁷

Capitalismo altamente desarrollado, fuerzas productivas en irresoluble contradicción con el sistema del capital, existencia de una clase obrera mayoritaria (o con marcada presencia) en la masa poblacional y con conciencia y organización de clase, tales fueron las premisas señaladas por Marx y Engels para la ocurrencia de revoluciones sociales socialistas. Ellos previeron, además, que el socialismo (y el comunismo) solo podría llegar a desarrollarse como tal si las revoluciones ocurrían en el conjunto de países desarrollados, es decir, nunca en un país aislado. No negaron la posibilidad de su eventual

⁶ Marx, Carlos. “Extracto de una comunicación confidencial”, En: Marx, Carlos y Engels, F., *Obras Escogidas* en 3 tomos, T II., Editorial Progreso, 1973, Moscú, p. 184

⁷ Marx, Carlos y Engels, Federico, “La Ideología alemana”, En: Marx, Carlos y Engels, F., *Obras Escogidas* en 3 tomos, T I., Editorial Progreso, 1976, Moscú, p. 34

ocurrencia, pero sí de su sostén y posibilidades de desarrollo como tal proceso revolucionario.⁸

La transición socialista al comunismo

El comunismo no emergería directa ni inmediatamente después del capitalismo. Era necesario un período intermedio en el cual se construyeran las bases económicas, políticas, culturales y sociales de la sociedad comunista. “Entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista media el período de la transformación revolucionaria de la primera en la segunda. A este período corresponde también un período político de transición, cuyo Estado no puede ser otro que la dictadura revolucionaria del proletariado.”⁹ Este período intermedio fue, en la concepción de Marx, el socialismo, entendido como la transición necesaria al comunismo. El socialismo no era, entonces, el objetivo estratégico sino el camino hacia él.

Las revoluciones sociales proletarias no serían por tanto comunistas sino socialistas. Con ellas se abriría un proceso de revolución social ininterrumpido destinado a poner fin al modo de vida capitalista, a la vez que se iría creando y construyendo el nuevo modo de vida socialista, simultáneamente con la creación de las bases ideológicas, culturales y económicas del comunismo, y desarrollando -poco a poco- un modo de vida comunista.

En tal sentido, la propuesta comunista diseñada por Marx, constituye una fuente de sabiduría útil para las actuales y venideras experiencias de transformación social que buscan superar el orden social capitalista, enrumadas a la creación/construcción de una nueva civilización humana. De la propuesta marxiana siguen en pie también los argumentos claves que exponen las razones (y la posibilidad) de la necesidad de la superación del orden social capitalista. Sus consideraciones han sido brújula para las revoluciones sociales en el siglo XX y –renovadamente- pueden serlo también en el XXI, si se recupera su vital dimensión crítico-metodológica en la analítica social, económica, política y filosófica y su componente de teoría revolucionaria, anclándola en la realidad de los pueblos, mixturándola con sus prácticas y las subjetividades históricas y actuales que ellos han construido, en camino a la construcción de un nuevo pensamiento

⁸ Ver: *Idem, Op. Cit.*

⁹ Marx, Carlos, “Crítica al Programa de Gotha”, En: Marx, Carlos y Engels, F., *Obras Escogidas* en 3 tomos, T III., Editorial Progreso, 1974, Moscú, p. 23.

revolucionario latinoamericano que, en tanto tal, solo puede ser intercultural, descolonizado y descolonizador, es decir, un pensamiento liberador y de liberación. Ello nos pone a salvo, además, de la copia y de la exégesis estéril, y nos convoca -como dijera Mariátegui-, a la creación heroica de nuestro porvenir.

II. LAS EXPERIENCIAS SOCIALISTAS DEL SIGLO XX

DEL SOCIALISMO COMO TRANSICIÓN, A LA TRANSICIÓN AL SOCIALISMO

Lenin vivió una etapa nueva de desarrollo del capitalismo a escala mundial: el imperialismo. Al analizarla, discrepó de la afirmación sustentada por Marx y Engels acerca de la inminente ocurrencia de las revoluciones socialistas en los países capitalistas más avanzados, y advirtió que –en tales condiciones- las revoluciones sociales tendrían lugar primeramente en países atrasados, como por ejemplo en Rusia, considerada por él, el *eslabón más débil* de la cadena de dominación capitalista-imperialista en ese momento. Esta conclusión, que sirvió de fundamento a la preparación y realización de la revolución de octubre del 17 y fue confirmada por ella, se transformó luego en un postulado/principio que signó el curso de las revoluciones sociales del siglo XX a escala mundial, aunque Lenin ciertamente no desarrolló ninguna “teoría del eslabón más débil”, como pretendieron posteriormente algunos defensores/propagandistas del *marxismo-leninismo*.

Es interesante destacar que Lenin modificó los planteamientos de Marx y Engels, pero no los contradijo. Si lo hubiese hecho, los caminos y el programa de la revolución de octubre habrían sido otros. La discrepancia de Lenin se centró sobre todo en el diagnóstico, pero aceptó como necesarias la existencia de las premisas consideradas por Marx como condición para el advenimiento de la revolución socialista. En primer lugar, admitió al desarrollo capitalista como condición para la construcción del socialismo. En segundo -y concatenado a lo anterior- sostuvo, reafirmó y absolutizó la hipótesis de que dentro del capitalismo es imposible iniciar la transformación de la sociedad, cambiar la correlación de fuerzas y construir poder popular revolucionario. Al hacerlo, instaló como imprescindible el corte revolucionario basado en la “toma del poder” político por parte de la “vanguardia revolucionaria”, para derrocar del poder político y económico a los capitalistas e implantar la “dictadura del proletariado”. La sobrevivencia de la hegemonía

ideológica y cultural del capitalismo y las vías y modos de superarla quedó afuera de esas reflexiones. En tercer lugar, coincidió con Marx en esperar la ocurrencia de revoluciones socialistas en los países europeos desarrollados. Basándose en ello definió el curso de la revolución en Rusia y las tareas que esta debía realizar.

Lenin estaba convencido que el triunfo de la revolución en Rusia estimularía el triunfo de las revoluciones en Europa central y que, de conjunto, ello permitiría dar el salto económico-cultural que Rusia necesitaba para la instalación victoriosa y el desarrollo del socialismo en ese país y en Europa,¹⁰ demostrando “a todos y a cada uno en forma evidente y palpable que el socialismo encierra gigantescas fuerzas, y que la humanidad ha entrado en una nueva etapa de desarrollo, cuyas perspectivas son extraordinariamente brillantes.”¹¹

Pero el alejamiento de la posibilidad del triunfo revolucionario en Europa central, la guerra contrarrevolucionaria, y el acoso del capitalismo desde el exterior y el interior, situaron a Lenin ante un panorama desolador en lo económico y político, panorama que debería enfrentar en aras de sostener el naciente poder soviético. La situación del triunfo individual de la revolución en un solo país, que él supuso breve y transitoria, se tornaba cada vez más una situación duradera. Lenin se vio obligado entonces a pensar –sobre la marcha-, en las características de la revolución en un solo país, en sus condicionamientos, en las tareas políticas, económicas, etc. Encarar la sobrevivencia de la revolución en un solo país implicaba un retroceso en el camino previsto al socialismo.

En Rusia no estaban “maduras” las condiciones materiales y espirituales para el socialismo, y las esperadas revoluciones europeas no vendrían en su auxilio proporcionando el salto rápido al desarrollo. Sería necesario, por tanto, recorrer un largo período previo al socialismo, destinado a construir las condiciones para el socialismo, particularmente las que se consideraron como su “base material”. Este tiempo sería el *período de transición al socialismo*, anteriormente considerado apenas un brevísimo momento de espera.

¹⁰ Indudablemente compartía las hipótesis que Engels había expresado al respecto. Ver: Engels, F, “Acerca de la cuestión social en Rusia”. *Op. Cit.*, T II, pp. 426-427.

¹¹ Lenin, Vladimir I., “Mejor poco, pero mejor”, *Obras Completas* en 50 tomos, T. 36, Cartago, Buenos Aires, p. 534.

Del capitalismo al socialismo de Estado

En los años 1921 y 22, esto se profundizó y agudizó aún más, cuando Lenin formuló un viraje estratégico fundamental en lo referente a la transición al socialismo, y planteó tomar por un “atajo” antes impensado: apelar al capitalismo de Estado y a la concentración del poder en el partido. Para Lenin esto era imprescindible para realizar la transición al socialismo.

“No hay duda de que en un país donde la inmensa mayoría de la población está formada por pequeños productores agrícolas, pueda realizarse una revolución socialista solo mediante toda una serie de medidas de transición especiales, que serían superfluas en países capitalistas altamente desarrollados, donde los trabajadores asalariados en la industria y la agricultura constituyen la vasta mayoría. Los países capitalistas desarrollados tienen una clase de trabajadores asalariados rurales formada a lo largo de muchas décadas. Solo esa clase puede apoyar social, económica y políticamente una transición directa al socialismo. Solo en países donde esta clase está suficientemente desarrollada es posible pasar directamente del capitalismo al socialismo, sin necesidad de medidas de transición especiales en todo el país. En muchos trabajos escritos, en todas nuestras intervenciones públicas y en toda la prensa hemos subrayado que este no es el caso de Rusia, que aquí los obreros industriales son una minoría y los pequeños agricultores son una vasta mayoría. En un país así, la revolución socialista puede triunfar solo con dos condiciones. Primero, si es apoyada oportunamente por una revolución socialista en uno o varios países avanzados. Como ustedes saben hemos hecho mucho más que en el pasado para lograr esta condición, pero eso no basta para que llegue a ser una realidad.”¹²

“Mientras no haya revolución en otros países, necesitaremos décadas para salir de esta situación (...)”¹³

A partir de este nuevo diagnóstico de situación, Lenin se dedicó a buscar (y construir) teórica y prácticamente los instrumentos económicos, políticos y sociales que consideró necesarios para realizar un tránsito más largo hacia el socialismo y defender el poder soviético como antorcha para atraer a los países vecinos y europeos hacia la revolución.

¹² Lenin, Vladimir I., “Informe sobre la sustitución de la requisa de excedentes por un impuesto en especie”, marzo de 1921. *Obras Completas* en 50 tomos, T. 35, Cartago, Buenos Aires, pp. 57.

¹³ Lenin, *Op.Cit.*, p. 67.

Esto quedó plasmado en lo que se conoció como “nueva política económica” (NEP), iniciada en 1921. La aplicación y desarrollo de la NEP estuvo signada por el establecimiento de una carrera de competencia con el capitalismo de occidente (que se debía alcanzar y superar), dirigida, controlada y estimulada por el desarrollo del capitalismo de Estado, orientado a “forzar” el desarrollo capitalista inconcluso por la llegada de revolución de octubre, y construir así las premisas para el socialismo.

La novedosa propuesta de un prolongado período de transición al socialismo y su concreción a través de la NEP, llevó a Lenin a modificar las propuestas de Marx y Engels acerca de las interrelaciones entre el Estado, la economía, la propiedad, y la política y, particularmente, lo referente al papel de los obreros y sus organizaciones de clase (sindicales y políticas) en las luchas por el poder político y en el posterior período revolucionario, correspondiente –hipotéticamente- a la transición socialista al comunismo.

Lenin comprendió rápidamente que sus planes de reemplazo rápido del capitalismo en la producción y distribución a través del Estado no se lograrían, que no sería posible eliminar el comercio de raíz. La experiencia le demostró que no bastaba hacerse cargo del Estado para organizar la producción y distribución estatal de productos al modo comunista. Por tanto, el viraje estratégico, calificado por él mismo como retroceso, fue –en su criterio- inevitable.

“La experiencia nos mostró nuestro error, nos hizo ver que son necesarias una serie de etapas de transición: el capitalismo de Estado y el socialismo, para *preparar*, con muchos años de esfuerzo, el tránsito al comunismo.”¹⁴

La historia mostraría muchos años después que la implementación de ese tipo de capitalismo de Estado, sería el sustrato para el enrumbamiento del proceso revolucionario hacia la construcción de un *socialismo de Estado*, fortaleciendo el desarrollo de la *revolución desde arriba*. Esta ha sido –en apretada definición- el tipo de revolución y el tipo de socialismo que *realmente* existieron en el siglo XX, (lo que fue conocido como) el socialismo en el siglo XX.

¹⁴ Lenin, Vladimir I., “Ante el IV aniversario de la revolución de octubre”, *Obras Completas* en 50 tomos, T. 35, Cartago, Buenos Aires, p. 492.

La aceptación de la etapa de transición al socialismo supuso, además de lo señalado, un replanteamiento de la secuencia histórica del camino de superación del capitalismo: Revolución social, período de transición al socialismo, socialismo, y comunismo.

Una idea claves de la lógica leninista

El período de transición al socialismo diseñado por Lenin se apoyó en la idea de que se podía *forzar* el desarrollo capitalista desde el poder centralizado del Estado, sin la conducción de los capitalistas. Si el Estado estaba en manos de los revolucionarios (de los soviets, en teoría, y del partido, en la realidad), Lenin confiaba en que el camino al socialismo –aunque más difícil y largo- estaba garantizado. Se desagregó: sistema económico, político y sociedad, con preeminencia y conjugación de los primeros en detrimento de la sociedad; en breve tiempo, la democracia y la participación obrera y del pueblo, pasaron a un lugar subordinado, y el desarrollo de la conciencia y su papel en el proceso revolucionario, junto al objetivo de la liberación de la enajenación capitalista, se fueron esfumando como centro, motor y sentido de la revolución.

“Forzar” resulta un concepto llave para adentrarse en la lógica leninista. A la vez, pone de manifiesto sus limitaciones para comprender los fenómenos de la conciencia humana, particularmente en lo que hace a la formación de la conciencia política de los explotados y oprimidos por el capital, y a sus condiciones de subordinación a su hegemonía ideológica y, por tanto, a los modos y vías para su superación liberadora.

Cuando Lenin se propuso hacer la revolución en un país atrasado, subdesarrollado, como Rusia, y acelerar -mediante ella-, la maduración (construcción) de las premisas para el socialismo, modificó sustantivamente el papel de la clase obrera en el proceso revolucionario: esta no había llegado a ser la clase mayoritaria, ni a su más alto grado de desarrollo, concentración, socialización y organización como clase, no había alcanzado – en resumen-, su *conciencia de clase para sí*, y no podría, por consiguiente, desempeñar su rol de vanguardia y motor de la historia. Lenin substituyó entonces el papel político de la clase por el partido, entendido como destacamento de avanzada de la clase (sin la clase).

Para Lenin no solo el desarrollo económico podía (y debía) ser forzado, sino también la formación del sujeto de la revolución y, consiguientemente, su conciencia. Según esta

concepción, la conciencia “atrasada” de la clase obrera, del campesinado, y el pueblo ruso, se desarrollaría también de modo “forzado”: de una parte, por los avances en las transformaciones económicas y, de otra, por la introducción -desde fuera- de los elementos de la conciencia de “clase para sí”, a cargo de los intelectuales y elementos pequeño burgueses; es decir, estaba desvinculada de sus prácticas concretas.¹⁵ Para sostener esta hipótesis, Lenin adoptó el postulado de Kautsky, que sostenía que la clase obrera es incapaz por sí misma de alcanzar su conciencia de clase, por lo que esta le debe ser “inyectada” desde afuera por intelectuales comprometidos y, particularmente, por los cuadros del partido (bolchevique) de “nuevo tipo”.

En *¿Qué hacer?*, Lenin asume la postura de Kautsky y su convicción de que: "La conciencia socialista moderna solo puede surgir de profundos conocimientos científicos. En efecto, la ciencia económica contemporánea es premisa de la producción socialista en el mismo grado que, pongamos por caso, la técnica moderna; el proletariado, por mucho que lo desee, no puede crear ni la una ni la otra; ambas surgen del proceso social contemporáneo. Pues *el portador de la ciencia* no es el proletariado, sino la *intelectualidad burguesa* (subrayado por Kautsky en el original); es el cerebro de algunos miembros de ese sector de donde ha surgido el socialismo moderno, y han sido ellos quienes lo han transmitido luego a los proletarios destacados por su desarrollo intelectual, los cuáles lo introducen seguidamente en la lucha de clases del proletariado allí donde las condiciones lo permiten. De modo que la conciencia socialista es algo introducido desde fuera en la lucha de clases del proletariado, y no algo que ha surgido espontáneamente dentro de ella. De acuerdo con ello (...), es tarea de la socialdemocracia [el partido de la clase en aquel entonces] introducir en el proletariado la conciencia (literalmente: llenar al proletariado de ella) de su situación y de su misión. No habría necesidad de hacerlo si esta conciencia derivara automáticamente de la lucha de clases." *Obras Completas*, t. 6, Editorial Progreso, Moscú, p. 42.

Kautsky emplea la expresión "automáticamente" en el sentido de reflejo, y por tanto combate la creencia espontaneísta de que la conciencia se obtendrá "automáticamente" (como reflejo en la conciencia) de las condiciones de vida y las luchas de clases. Y en ese

¹⁵ Para una ampliación de este tema, recomiendo consultar: Mészáros, István, *Más allá del capital*. Ed Vadel, Caracas, 2001.

sentido tiene razón, solo que no necesariamente —como lo demostró la experiencia histórica de las luchas obreras y populares—, las tendencias espontaneístas se superan con la suplantación de los protagonistas. Al contrario, resulta una razón mayor para convocar a los trabajadores y el pueblo a que asuman ese su rol protagónico, que empieza, obviamente por su ser conciente (proceso colectivo crítico-reflexivo sobre las experiencias de vida y de lucha de cada sector, actor social o colectivo de acortes sociales, mediante).

Cuando Lenin retoma las propuestas de Kautsky, en mi opinión, está señalando dos fenómenos: Por un lado, que la formación histórica de los componentes científicamente argumentados acerca de la necesidad de la lucha de clases y del papel de los obreros en ella, se realizó por intelectuales (como Marx y Engels) no pertenecientes a la clase. "Hemos dicho —subraya Lenin— que los obreros no podían tener conciencia socialdemócrata. Ésta solo podía ser traída desde fuera. La historia de todos los países demuestra que la clase obrera está en condiciones de elaborar exclusivamente con sus propias fuerzas solo una conciencia tradeunionista, es decir, la convicción de que es necesario agruparse en sindicatos, luchar contra los patronos, reclamar al gobierno la promulgación de tales o cuales leyes necesarias para los obreros, etc. En cambio, la doctrina del socialismo ha surgido de teorías filosóficas, históricas y económicas elaboradas por intelectuales, por hombres instruidos de las clases poseedoras. Por su posición social, los propios fundadores del socialismo científico moderno, Marx y Engels, pertenecían a la intelectualidad burguesa. (...) // Así pues, existían tanto el despertar espontáneo de las masas obreras, el despertar a la vida consciente, como una juventud revolucionaria que, pertrechada con la teoría socialdemócrata, pugnaba por acercarse a los obreros." *Op. cit.*, pp. 32-33.

Y esto ocurrió realmente así, solo que —a mi modo de ver— fue absolutizado y extrapolado luego para todas las épocas en términos de sentencia que justificaba la supremacía de los intelectuales (y dirigentes del partido) por sobre la experiencia concreta de lucha de la propia clase.¹⁶

¹⁶ Sin embargo, esto no fue una postura absoluta. En *El izquierdismo...* Lenin subrayó con toda claridad que: "Con la vanguardia sola es imposible triunfar. Lanzar sola a la vanguardia a la batalla decisiva, cuando toda la clase, cuando las grandes masas no han adoptado aún una posición de apoyo directo a esta vanguardia o, al menos, de neutralidad benévola con respecto a ella, de modo que resulten incapaces por

La aceptación de estos planteamientos por la mayoría del partido (y de los partidos), abrió las puertas a la sustitución autoritaria y creciente del protagonismo político que debió haber tenido la clase obrera y el pueblo, por el de los cuadros del partido y el partido mismo, autoconsiderado su organización de vanguardia y, en tanto tal, el *sujeto político* de la revolución.

Ello fue señalado críticamente por Rosa Luxemburgo cuando, enfrentándose a estas posiciones, reclamando por el protagonismo de la clase obrera y el desarrollo “natural” de su conciencia en las luchas:

“En la ansiedad de Lenin por implantar la dirección de un Comité Central omnisciente y todopoderoso para proteger a un movimiento obrero tan joven y prometedor contra cualquier paso en falso, reconocemos los síntomas del mismo subjetivismo que ya le ha hecho más de una mala pasada al pensamiento socialista de Rusia.

(...) Por primera vez están sentadas las bases para una verdadera “voluntad popular” en tierra rusa. Pero, ¡hete aquí nuevamente el “ego” del revolucionario ruso! Haciendo piruetas cabeza abajo, se proclama una vez más director todopoderoso de la historia. Esta vez con el título de Su Excelencia el Comité Central del Partido Social Demócrata Ruso.

El ágil acróbata no percibe que el único “sujeto” que merece el papel de director es el “ego” colectivo de la clase obrera. La clase obrera exige el derecho de cometer sus errores y aprender en la dialéctica de la historia.”¹⁷

Rosa está anticipando las consecuencias que la idea leninista de un partido escindido de la clase conllevan en la dinámica de construcción del socialismo, que es -también y a la vez- la construcción del sujeto nuevo. La diferencia sustantiva parte de la concepción de cada pensador acerca de la conciencia política y su maduración. Para Lenin la clase

completo de apoyar al adversario, sería no solo una estupidez, sino, además, un crimen. Y para que realmente toda la clase, para que realmente las grandes masas de los trabajadores y de los oprimidos por el capital lleguen a ocupar esa posición, la propaganda y la agitación, por sí solas, son insuficientes. Para ello *se precisa la propia experiencia política de las masas.*” [Lenin, Vladimir I., 1963. “La enfermedad infantil del ‘izquierdismo’ en el comunismo”, *Obras Completas*, t. 31, Editora Política, La Habana, p. 88. (el subrayado es de I.R.)]

¹⁷ Luxemburgo, Rosa. 1904. *Obras escogidas*, Título original: “*Problemas organizativos de la socialdemocracia*”, Editorial Anteo, Buenos Aires, p.72.

obrero no puede, en su desarrollo natural, sobrepasar la conciencia económica de la lucha. Debe, por lo tanto, confiar/depositar su conciencia política en un partido de vanguardia que, desde el exterior de la lucha de clases, insertará/portará la ideología (marxista) como conciencia revolucionaria. Rosa cuestiona esta concepción y sostiene que hay una integralidad de la conciencia y su desarrollo, y esto se expresa en la huelga de masas, en la unidad de la lucha económica y política (y viceversa). Rosa abogará por una suerte de “dialéctica de la espontaneidad” (pero no espontaneísta), mediante la cual la conciencia de clase se forma como tal en el proceso de luchas.

“En realidad, la separación e independencia de la lucha política y la económica no es sino un producto artificial, si bien determinado por la historia, del periodo parlamentario. Por un lado, en el curso pacífico, “normal”, de la sociedad burguesa la lucha económica se ve dividida en una serie de luchas individuales en cada rama de la producción y en cada empresa. Por otra parte, no son las mismas masas quienes dirigen su lucha política en la acción directa sino, en concomitancia con la forma del Estado burgués, a través de sus representantes parlamentarios. Apenas comienza el periodo de luchas revolucionarias, es decir, apenas las masas irrumpen en escena, queda liquidada la separación entre las luchas económica y política y también la forma indirecta de lucha política a través del parlamento. En la movilización revolucionaria de masas, la lucha política y la económica se funden en una, y la frontera artificial entre sindicalismo y socialdemocracia como dos formas de organización del movimiento obrero totalmente independientes entre sí es barrida por la marea. Pero lo que encuentra su expresión concreta en la época de las movilizaciones revolucionarias de masas es también una realidad en la etapa parlamentaria. No existen dos luchas distintas de la clase obrera, económica una y política la otra, sino una única lucha de clases, que apunta a la vez a la disminución de la explotación capitalista dentro de la sociedad burguesa y a la abolición de la explotación junto con la sociedad burguesa.”¹⁸

¹⁸ *Idem*, pp. 120-121.

Por eso, para Rosa era muy importante articular la educación y la formación política con las luchas sociales, económicas y políticas, haciendo de ellas la escuela política primera del conjunto del movimiento revolucionario.

“En Rusia el absolutismo debe ser derribado por el proletariado. Pero para ser capaz de ello el proletariado necesita un alto nivel de educación política, de conciencia de clase y de organización. Estas condiciones no se logran con folletos y volantes sino únicamente con la escuela política viva, con la lucha y en la lucha, en el proceso continuo de la revolución. Además, no puede derribarse el absolutismo en el momento en que se lo desee, solamente con “esfuerzo” y “perseverancia”. La caída del absolutismo será la expresión exterior del desarrollo interno social y de clase de la sociedad rusa.”¹⁹

En el mismo sentido, para Rosa, la organización política tampoco puede ser un producto (artificial) de acciones de propaganda, sino el producto de la lucha de clases. En su criterio, la socialdemocracia Rusa se ve obligada a reemplazar con su intervención conciente todo un período del proceso histórico, buscando conducir al proletariado desde el estado atomizado –fundamento del régimen absolutista-, hacia la forma superior de la organización. Pero en tales circunstancias el problema de la organización es extremadamente difícil porque se ve obligada a que esa organización salga de la nada, eso es: sin disponer de la materia prima política que en otras partes la burguesía prepara por sí misma. De ahí que el centralismo fuese –en los hechos- la tendencia predominante y creciente.

Pero no es la letra, sino el espíritu vivo del que los militantes activos la impregnan, lo que da valor a tal o cual forma de organización. No hay garantía más eficaz contra las maniobras oportunistas y las ambiciones personales, que la actividad autónoma de los trabajadores, a la cual estos adquieren el sentido de sus responsabilidades políticas.

El centralismo a ultranza está impregnado, no de espíritu positivo y creador, sino del espíritu estéril del *guarda nocturno*: su única preocupación es *controlar* la actividad del partido y no fecundarla, *limitar* el movimiento y no desarrollarlo, *yugularlo*, no unificarlo. Y pretende cerrar el paso al oportunismo mediante los artículos de un estatuto,

¹⁹ *Idem*, p. 98.

pero -como agudamente remarca Rosa Luxemburgo-, eso es radicalmente falso. Porque los estatutos no se bastan a sí mismos; son un medio de acción para hacer que la voluntad de la mayoría proletaria predomine en el partido. Si esa mayoría faltara, las más terribles sanciones formuladas sobre el papel serían inoperantes.²⁰ Y así lo demostró la historia.

La concepción leninista del partido invisibilizó la fractura originaria entre la clase y “su” organización política, identificando la necesidad de la dirección política de las luchas por la transformación de la sociedad, con la construcción del partido de “cuadros”, autoproclamado vanguardia de la clase obrera en cuanto a conciencia, organización y representación políticas. Mediante paradójicas y contradictorias apelaciones a la “ideología proletaria”, el partido “de la clase” hizo de ésta, una masa de seguidores pasivos de sus resoluciones y dictámenes, en vez de protagonistas activos, sujetos políticos, sociales y culturales de la transformación revolucionaria, artífices de su liberación. Poco a poco, el partido –que ejercía la dirección y administración político-estatal (y social) de modo centralizado y único-, se constituyó en *el agente histórico* que –supuestamente- “garantizaría” el rumbo estratégico del proceso de transición hacia el socialismo y luego hacia el comunismo. Con ello invirtió radicalmente su función histórico-social: de instrumento de la clase obrera para conseguir sus objetivos se volvió el actor protagonista decisivo, tornándose -con el tiempo y la acción de la burocracia enquistada en el poder-, en un fin en sí mismo, realidad que tan amargamente los hechos históricos que sacudieron al socialismo esteuropeo pusieron sobre el tapete décadas más tarde.

Lejos de aceptar acriticamente la hipótesis de que la conciencia viene de afuera, en América latina se han desarrollado creadoras propuestas (parte de nuestras grandes riquezas culturales)²¹ que ponen al descubierto que a partir de las propias experiencias de vida (modo de vida) y de lucha de los pueblos (la clase y los diversos sectores explotados, marginados, discriminados y oprimidos que lo componen), se forma y desarrolla la conciencia individual, social y política. Está claro que no existen espacios donde se cultiven –*in vitro*- “conciencias puras”, por encima de las realidades concretas, carentes de los “pecados” propios de la contaminación con el capital y, por tanto, poseedoras de

²⁰ *Op. Cit.*

²¹ Revisionismo histórico (Argentina); Educación popular; Investigación-Acción participativa (IAP); Marxismo latinoamericano; Filosofía de la praxis; Ética de la liberación, entre otras.

las *verdades absolutas*, las que están más allá de las contingencias del curso de la historia y de las acciones de los seres humanos que en ella intervienen (negando precisamente su carácter práctico activo transformador).

Esto reafirma también aquella tesis de que -en tanto es parte del sistema capitalista-todo educador (militante, dirigente político-social, referente ideológico, etc.), resulta influido en mayor o menor grado por su lógica mercantil, por lo cual -por muy conciente que sea de esa situación y esté a favor de los cambios-, está influido por ella y necesita también ser educado. Antiguo saber filosófico, político y cultural cuya centralidad fue acuñada por Marx en sus apuntes *sobre Feuerbach*.

La teoría materialista de que los hombres son producto de las circunstancias y de la educación, y de que, por tanto, los hombres modificados son producto de circunstancias distintas y de una educación modificada, olvida que son los hombres, precisamente, los que hacen que cambien las circunstancias y que el propio educador necesita ser educado. Conduce pues, forzosamente, a la división de la sociedad en dos partes, una de las cuales está por encima de la sociedad.(...) // La coincidencia de la modificación de las circunstancias y de la actividad humana solo puede concebirse y entenderse racionalmente como práctica revolucionaria.²²

En América Latina esta tesis fue creativamente rescatada por Paulo Freire como nudo teórico-práctico de sus fundamentos de la educación popular, cuyo ejercicio y desarrollo durante décadas, enriqueció tanto las concepciones estrictamente pedagógicas como las culturales y políticas en nuestro continente, aunque todavía -en este ámbito- su aceptación e integración plena -orgánicamente articulada a las construcciones colectivas de pensamiento y organización- está rezagada, quizá por su contenido y carácter profundamente cuestionador práctico y directo del pensamiento y las prácticas elitistas y vanguardistas, que sobreviven aún en el espacio considerado “político”.

La pedagogía práctica de las resistencias, luchas y construcciones alternativas de los pueblos, y la práctica pedagógica que las mismas desarrollan, resultan sin duda un componente central e insustituible del proceso transformador-liberador.

²² Marx, Carlos, “Tesis sobre Feuerbach”, en C. Marx, F. Engels, *Obras Escogidas* en 3 tomos, Tomo I, Editorial Progreso, Moscú, 1976, p.8.

En esta peculiar dimensión de la pedagogía (pedagogía práctica-práctica pedagógica), se condensan los mayores desafíos para el pensar-actuar sociotransformador actual en lo que referente a la formación y desarrollo de la conciencia político-social de sí y para sí (transformadora) de actores sociales involucrados en los actuales procesos de cambio sociales.

En tanto para Marx la superación positiva de la enajenación de la clase (y del conjunto de sectores oprimidos) es el núcleo central articulador y proyectivo de la lucha de clases, dotándola de sentido concreto para sí, la liberación que a esa superación corresponde no puede entenderse fragmentariamente, como económica, o política, o social, o cultural, sino de un modo integral. Porque para que la transformación real de la sociedad resulte liberadora para los hombres y las mujeres que la encarnan, tiene ella misma que poner fin a la fragmentación de la realidad social y de la conciencia que los seres humanos concretos se forman sobre esa realidad y sobre sí mismos dentro de ella.

La propuesta transformadora-liberadora debe ser en sí misma rearticuladora, integradora teórico-práctica de la realidad como totalidad, y capaz también de plantearse como reconstituyente práctico-concreto de esa totalidad (re-articulándola desde la raíz). Esto llama a atender especialmente los procesos concretos de construcción y formación de la conciencia política individual y colectiva de la clase, del pueblo, del ciudadano nuevo, del integrante de una comunidad, (en lo individual, colectivo-sectorial, nacional, continental, global).

Se trata de un complejo proceso social integral teórico-práctico intercondicionado, intercondicionante, interarticulado e interarticulador, continuo y discontinuo, un proceso (conciente) de construcción de conciencia por parte de los actores-sujetos (por eso se identifica como autoconstrucción, como autoconciencia), en tránsito –como se expresó– hacia su constitución auto-constitución en sujeto popular. Es un proceso que presupone a su vez distintos procesos y modalidades de aprendizaje individual y colectivo. Integra los distintos saberes y sus ámbitos de producción-apropiación: las prácticas de resistencia, luchas y construcciones de alternativas concretas, en primer lugar, las reflexiones (y devoluciones) colectivas acerca de ellas, la producción-apropiación del pensamiento crítico acerca del capitalismo y su superación, mediante la investigación acción participativa, clave para la recuperación-apropiación crítica de las experiencias de

resistencia. Lucha y construcción de propuestas, y el ejercicio sistemático de la educación popular articulada a la educación político-crítica de los actores sociales concretos, combinado con cursos, conferencias, lecturas, etcétera.

Economicismo, burocracia y enajenación

Retomado las reflexiones respecto a los planteamientos del *marxismo leninismo* acerca de la conciencia de clase, vale destacar que la postura trascendentalista kaustkiana adoptada por Lenin en 1905, convergió posteriormente con concepciones idealistas y economicistas que, de un modo u otro, si inspiraron en ella.

En el terreno del idealismo filosófico, cabe destacar el pensamiento de Lukács. Este pretendió que la conciencia del proletariado era un ente ahistórico ubicado por encima del propio proletariado, que predeterminaba su voluntad como *sujeto del cambio*, sujeto que -en tal relación- venía a ser una suerte de *objetivación humano-social de la conciencia proletaria*, es decir, de su propia conciencia de clase. Pero, en realidad, se trataba de una conciencia no-conciente, porque para ser conciente el proletariado necesitaba del partido (de la clase), ámbito donde esta encontraba la verdad y lograba cumplir su papel histórico.

(...) la identidad Sujeto-Objeto de Lukács -el proletariado, con su “perspectiva de la totalidad”, al final resultó ser no la clase de los trabajadores sino el Partido. Porque se decía que la clase de los trabajadores era cautiva de su “conciencia psicológica”, en oposición a su “conciencia atribuida” o “imputada”, sin la cual, en su manera de ver las cosas, la revolución no podía triunfar. El sustitucionismo de Historia y conciencia de clase se desprendía necesariamente de este diagnóstico. El dilema de Lukács (...) pasó entonces a ser éste: cómo demostrar la inevitable victoria del socialismo a pesar de la terrible debilidad del “eslabón más débil” y a pesar de la inercia ideológica dominante entre los trabajadores.²³

(...) el dilema con respecto a la “conciencia psicológica” de la clase trabajadora también era resuelto por Lukács en términos intelectuales/psicológicos: proyectando el exitoso “trabajo de la conciencia

²³ Mészáros, István. 2001. *Más allá del Capital*. Vadell Hermanos Ed., Caracas, pp. 30-31

sobre la conciencia” ideológico. Este trabajo tenía que ser concebido mediante la agencia del Partido, definido por Lukács como “la encarnación visible y organizada de la conciencia de clase” y como la “ética del proletariado”. Se ofrecía este tipo de caracterización del Partido no como un fin en sí mismo, sino como una vía potencial de afrontar el reto histórico. Porque en la visión de Lukács (...). Dado que el Partido, en plena conciencia de su misión histórica, podía vivir apegado a los requerimientos de su mandato moral, se encontraría una manera de superar “la crisis ideológica del proletariado”. De lo contrario la humanidad estaba condenada a la barbarie.²⁴

El partido devenía una instancia organizativo-moral, cuya misión se resumía en concretar (¿encarnar?) esa necesidad propia de la conciencia de clase (identidad sujeto-objeto presupuesta *a priori* y lograda en la reconstrucción de la totalidad).²⁵ Esto resultaba “natural” para Lukács pues él, como la mayoría, compartía la tesis de que la conciencia de clase del proletariado (*para sí*) le debía ser necesariamente imputada a este desde el exterior de la clase, papel que debían desempeñar los intelectuales pequeño-burgueses o burgueses que “adoptaran” esa conciencia, a los cuales, de última, Lukács dirigía sus escritos a modo de convocatoria a sumarse a tal tarea histórica para derrotar al capitalismo en un provenir socialista que suponía no muy lejano.

Fue esa relación entre la conciencia de clase, la totalidad y la historia, la que vincula claramente el pensamiento de Lukács con el de Hegel, dejándolo entrampado en su dialéctica idealista y circular entre objeto y sujeto, que se manifiesta claramente en la relación de identidad apriorística que él establece entre la clase (el sujeto), su conciencia (el partido), y la historia (totalidad social reconstruida). Esto constituye su debilidad

²⁴ *Idem*, p. 31.

²⁵ “En el prefacio de 1967 a **Historia y conciencia de Clase** Lukács admitió que con sus esfuerzos no había logrado pasar de ser “más hegeliano que Hegel”. Era un diagnóstico de los más correcto. Porque como resultado del incorregible ‘sustitucionismo’ característico de Historia y conciencia de clase, la identidad Sujeto-Objeto de Lukács resultó ser una entidad supraindividual (...) el Partido, escrito con mayúscula e hipostasiado como el portador de un **imperativo moral**. // En verdad la problemática hegeliana de la identidad Sujeto-Objeto –como una concepción reproductora de la jerarquía- no podía ser más ajena al modo de control metabólico social socialista. (...) porque el proyecto socialista tenía que poner la mira en la **restitución** de las alienadas fuerzas de control metabólico social a los productores asociados, en el contraste más nítido posible con el **sustitucionismo** siempre creciente y en definitiva totalmente petrificado, e impuesto por la violencia, con el que estaban confrontados bajo el sistema stalinista.” Mészáros, István, *Más allá del capital*, Op. Cit., pp. 29-30. (Negritas en el original)

filosófica mayor y fue, obviamente, lo más atacado de su obra, sobre todo por parte de quienes se apoyaron en ello para opacar –tras la acusación de hegelianismo, ideología burguesa, etc.- el lado crítico de sus análisis sobre el proceso soviético y las desviaciones burocráticas que veía ya entonces en el partido comunista de la URSS. Como señala Mészáros,

(...) por la propia definición de su naturaleza, la “identidad Sujeto-objeto de la historia” de Lukács podía ofrecer una garantía de éxito apriorística, de la misma manera como en la filosofía hegeliana era por demás inconcebible prever otra cosa que el éxito total para la empresa de la identidad Sujeto-Objeto, el Espíritu Mundial que se realiza a sí mismo. La única salvedad estipulada por Lukács como la condición necesaria para el éxito era moral, al instar en que el Partido tenía que merecer el papel que le fue asignado históricamente, luchando por ganarse la confianza de la clase trabajadora y ser genuinamente digno de ella, lo que descalificaba a gran parte de lo que él podía ver a su alrededor en sus propias luchas contra algunas figuras de alto rango del partido, tanto en Hungría como en el Comintern.²⁶

Desde otro ángulo, las concepciones economicistas apostaron a que las transformaciones económicas producirían mecánicamente los cambios en las conciencias. Tergiversando los postulados de Marx expuestos en *La Ideología Alemana*, esta corriente pretendió que la conciencia es reflejo (correspondencia directa) de las condiciones de vida. En virtud de ello, se confió el desarrollo de la conciencia revolucionaria socialista a la acción (automática) de los mecanismos económicos. Determinismo mecanicista mediante, se imaginó que ella sería un resultado “natural” de las transformaciones económicas, un fenómeno que ocurriría indefectiblemente.

En vez de apelar al desarrollo de la conciencia como motor de la voluntad sociotransformadora de los seres humanos, capaces de impulsar creadoramente el proceso revolucionario desde abajo como protagonistas genuinos del mismo, el rumbo y la profundidad del proceso revolucionario se confió al accionar de mecanismos económicos, accionar que -dicho sea-, dependía de decisiones burocráticas. En virtud de ello, el

²⁶ *Idem*, p. 31. (Negritas en el original)

desarrollo espiritual de las clases y los sectores sociales revolucionarios, que debió haberse asentado en un proceso creciente de autotransformación mediante su participación protagónica en el proceso revolucionario, quedó anulado al confiar en que ello sería un resultado del desarrollo de la base material. En este aspecto se destaca una diferencia fundamental entre las experiencias socialistas esteuropeas y la experiencia de la revolución cubana. Repasaré sintéticamente los aspectos más sobresalientes que hacen a la temática aquí abordada:

“En el esquema de Marx se concebía el período de transición como resultado de la transformación explosiva del sistema capitalista destrozado por sus contradicciones; en la realidad posterior se ha visto como se desgajan del árbol imperialista algunos países que constituyen las ramas débiles, fenómeno previsto por Lenin. (...)

En estos países no se ha producido todavía una educación completa para el trabajo social, y la riqueza dista de estar al alcance de las masas mediante el simple proceso de apropiación. El subdesarrollo por un lado y la habitual fuga de capitales hacia países ‘civilizados’ por otro, hacen imposible un cambio rápido y sin sacrificios. Resta un gran tramo a recorrer en la construcción de la base económica, y la tentación de seguir los caminos trillados del interés material, como palanca impulsora de un desarrollo acelerado, es muy grande.

Se corre el peligro de que los árboles impidan ver el bosque. Persiguiendo la quimera de realizar el socialismo con la ayuda de las armas melladas que nos legara el capitalismo (la mercancía como célula económica, la rentabilidad, el interés material individual como palanca, etc.), se puede llegar a un callejón sin salida. Y se arriba allí tras de recorrer una larga distancia en la que los caminos se entrecruzan muchas veces y donde es difícil percibir el momento en que se equivocó la ruta. Entre tanto, la base económica adaptada ha hecho su trabajo de zapa sobre el desarrollo de la conciencia.

Para construir el comunismo, simultáneamente con la base material hay que hacer al hombre nuevo. (...) La sociedad en su conjunto debe convertirse en una gigantesca escuela.”²⁷

Como puede observarse, esas reflexiones del Che, anticipan –y resumen- la historia reciente. En la experiencia cubana, los debates y “ajustes” del rumbo de la revolución no fueron pocos. Por ejemplo, el período llamado de “institucionalización” que siguió al caracterizado como el tiempo de los “errores de idealismo” que culminó con el fracaso de la zafra de los diez millones, en 1970, estuvo fuertemente impregnado de concepciones economicistas que pretendían superar el idealismo precedente apelando al interés material como palanca movilizadora para “llegar más rápido” al socialismo.

Ciertamente, esas concepciones se incorporaron a la construcción socialista en Cuba, sin embargo no se correspondieron nunca con el espíritu de la revolución cubana. Importadas de la URSS, se mezclaron con las formas criollas y originaron un fenómeno sociopolítico que caracterizó una etapa, denominada luego como etapa de la “copiadera” (del modelo socialista esteuropeo).

En 1984-85, el Partido Comunista de Cuba inició un período autocrítico centrado en la “rectificación de errores y tendencias negativas”, entre los que se contaba, primordialmente, el de las concepciones economicistas y mecanicistas respecto al desarrollo de las conciencias y –consiguientemente- de la construcción del socialismo, con el consiguiente relegamiento del ser humano como centro y motor de la misma. Refiriéndose a este proceso, el politólogo Darío Machado señaló:

“En la medida en que la aplicación del sistema se alejaba de sus objetivos esenciales, se iba comprometiendo más el desarrollo, cobraban fuerza los vicios tecnocráticos, crecía la tendencia a sustentarlo todo en los mecanismos y en estímulo material, se olvidaba el trabajo con el hombre. De las deformaciones vinculadas con el desarrollo socioeconómico, quizá la más perniciosa fue la creencia de que los mecanismos lo resolverían todo; se encargarían de indicar automáticamente las direcciones económicas más importantes, de determinar el rumbo.

²⁷ *El socialismo y el hombre en Cuba*. Op. Cit.

La absolutización del papel de los mecanismos constituyó la tendencia negativa determinante que condicionó con fuerza un conjunto de deformaciones en el desarrollo del país en todos los órdenes. (...)”²⁸

En declaraciones, el ser humano era el centro de la revolución, pero en los hechos reales, lo era la economía (¿causa?), el conjunto del plan, la planificación y las metas por cumplir. La así llamada “rectificación” de errores y tendencias negativas buscó re-enrumbar la revolución trayéndola nuevamente al cauce de sus ideas humanistas rectoras iniciales, fundamento y brújula del pensamiento y la práctica política de Fidel Castro.²⁹

Poco tiempo después, en otras latitudes, la concepción y el vaticinio del Che y Fidel evidenciaron su justas razones: Los resultados nefastos del “trabajo de zapa” de la concepción economicista-mecanicista en la conciencia individual y colectiva, y el conjunto de la sociedad supuestamente “nueva”, emergieron a la vista del mundo junto con la caída del muro de Berlín: Ni hombres ni mujeres nuevos, ni sistema socialista de producción material y espiritual de la vida social. Junto con el predominio del sector económico, la estatización creciente de los diversos ámbitos de la vida social lo invadió todo, incluso el desarrollo de la vida doméstica cotidiana, tergiversando –cuando no contradiciendo-, el postulado originario de liberación. Ello se evidenció con claridad en la gradual anulación –hasta la ausencia- de participación política de los ciudadanos y ciudadanas.

La sostenida práctica centralista del estatismo partidario aumentó el funcionamiento burocrático, incrementando los métodos autoritarios, centralistas, verticalistas y subordinantes heredados de las sociedades clasistas anteriores. Poco a poco, las decisiones sobre las transformaciones, los pasos a seguir, los esfuerzos a entregar, le fueron arrebatadas al pueblo de sus manos y de su conciencia. Se produjo un creciente alejamiento, un extrañamiento de lo que debió haber sido apropiación y, con ello, le fue arrebatado al pueblo el proceso revolucionario mismo.

Por ese camino, la alienación política heredada, lejos de disminuir tendió a incrementarse, llegando en algunas realidades del campo socialista a provocar un quiebre

²⁸ Machado, D., 1993. *Nuestro propio Camino, análisis del proceso de rectificación en Cuba*, Editora Política, La Habana, , pp. 33-34.

²⁹ Puede ampliarse consultando: Fidel Castro, 1990. *Rectificación*. Selección temática. Editora Política, La Habana.

total entre el régimen político, la vida de los dirigentes, y el conjunto del pueblo, sus aspiraciones, anhelos y necesidades (por ejemplo, en el caso rumano).³⁰

La existencia y desarrollo de procesos crecientes de extrañamiento de los actores fundamentales respecto a lo que debió haber sido su proceso revolucionario, así como el consiguiente paternalismo y clientelismo social que trajo aparejado el afianzamiento del socialismo de Estado en manos de la dirigencia partidaria, fue uno de los daños culturales y políticos más graves y profundos de aquel socialismo real.

Continuando la senda iniciada por Lenin en octubre del 17, las diversas experiencias socialistas que existieron en el siglo XX, pretendieron también producir (forzar) el cambio social desde arriba, entendiendo al Estado como su instrumento fundamental y al partido como su personificación política. Esto marcó los derroteros, el contenido y la metodología de construcción y acción política de tales partidos (“leninistas”) que, en virtud de ello, no apostaron a desarrollar prácticas democráticas que –posiblemente– hubieran evidenciado (y enriquecido) su papel articulador y promotor del protagonismo colectivo (de la clase y los oprimidos todos). Siguiendo reflexiones de Engels acerca de los derroteros diversos de las revoluciones sociales, las revoluciones socialistas ocurridas en el Siglo XX pueden definirse como *revoluciones desde arriba*, revoluciones que apostaron y desarrollaron un tipo de socialismo: el *socialismo de Estado* o estatista.³¹

Confundiendo socialización con estatización y centralización, los funcionarios partidario-estatales se apropiaron monopólicamente del poder de decisión y de sus mecanismos de anclaje social, sustituyendo y excluyendo del poder a los proclamados “dueños” de la propiedad social: la clase obrera, los campesinos y el pueblo. En vez de haber actuado como sus representantes, se tornaron en dueños de facto del nuevo Estado. De inquilinos administradores temporarios de la propiedad de todo el pueblo, los funcionarios del partido se enquistaron en las estructuras de dirección del poder estatal y desde allí decidieron acerca de los destinos del país (y de países) sin consultar siquiera el

³⁰ Y esto está presente en la raíz de la concepción misma del partido de vanguardia, en su decisión de suplantar a las masas y, en consecuencia, construirse separado de ellas. Ver: Luxemburgo, Rosa, “Cuestiones de organización de la socialdemocracia rusa”, en *Lecturas de pensamiento marxista*, Edición Revolucionaria, La Habana, 1971, pp. 544-545.

³¹ Ver: Engels, Federico, “Acerca de la cuestión social en Rusia”. En: Marx, Carlos y Engels, F., *Obras Escogidas* en 3 tomos, T II., Editorial Progreso, 1973, Moscú, p. 431.

punto de vista de aquellos que decían representar (los dueños de la propiedad socializada/estatizada).

Aunque estremecedor, esto resulta de significación política menor si se tiene en cuenta que ello implicó castrarle a la clase obrera la posibilidad histórica de constituirse en protagonista de la transformación social, es decir, de sus destinos, sometiéndola a los dictados del partido en nombre de “su” propia ideología, paradójicamente definida por otros desde fuera de la clase.

En virtud de dicha concepción acerca de la relación partido-clase, se definieron también los roles de las organizaciones “de masas”. Desterrados del protagonismo político, las organizaciones naturales de la clase obrera, el campesinado pobre y los sectores populares urbanos, fueron consideradas unidireccionalmente “correas de transmisión” de las decisiones tomadas por el partido. Las dinámicas verticalistas que regían las relaciones del partido hacia la clase y la sociedad, se transformaron poco a poco –estimuladas por el ejercicio exclusivo del partido en el poder-, también en dinámicas internas. Urgidos por revertir las secuelas producidas por las guerras, por la resolución de los problemas que demandaba la aceleración del desarrollo industrial, técnico y científico necesario para competir con el capitalismo occidental y, a la vez, avanzar hacia el socialismo, sumado a las exigencias de defender y preservar a la revolución del hostigamiento capitalista, los escasos resquicios democráticos que sobrevivían en medio del creciente centralismo en la vida partidaria y social, cedieron ante el *orden y mando* ejercido por y desde los funcionarios con jerarquías superiores, procedimiento supuestamente *necesario* (y transitorio) para “garantizar” la continuidad de la revolución y el cumplimiento de las tareas revolucionarias del momento. Así fue –muy sintéticamente hablando- como se justificó y consolidó el autoritarismo, castrando el *leitmotiv* esencial de la revolución: la emancipación de la clase obrera y –junto con ella- de la sociedad toda.

Las cadenas de la alienación cambiaron de dueño, pero siguieron estando. Y con fuerte irradiación y penetración, pues fueron profusa y sistemáticamente invisibilizadas por la ideología hegemónica del poder constituido que justificaba los errores o limitaciones y postergaba la discusión/apropiación social colectiva, esgrimiendo la

necesidad urgente de preservar el poder “revolucionario”, como si fuese posible separar una situación de la otra.

Dueño efectivo del poder, el partido exigía hacia él, hacia sus dirigentes y sus decisiones, fidelidad e incondicionalidad. Consiguientemente, quienes criticaron cualquiera de las facetas autoritarias y alienantes de ese poder, fueron sistemáticamente excluidos, silenciados, o acusados de vacilantes, revisionistas o contrarrevolucionarios; para ello se usaron también las armas del poder “revolucionario”.

Resulta duro y doloroso reconocer esa realidad, sobre todo al recordar a los millones de hombres y mujeres que –con disposición y confianza- empeñaron día a día sus vidas en aras de concretar los sueños de emancipación construyendo lo nuevo, pero –precisamente por ello-, no puede obviarse. Reflexionar críticamente acerca de las experiencias socialistas del siglo XX resulta, además de un compromiso con la historia de los pueblos, un empeño vital para replantearse hoy la superación del capitalismo, sus vías y métodos, y las formas de organización y participación de los protagonistas fundamentales. En este sentido, está claro que en lo relativo a la democracia, la participación y el control populares resultan cuestiones de fondo inherentes a la posibilidad de construir la nueva sociedad y, por tanto, no pueden ser relegadas ni postergadas en ningún momento, bajo ningún argumento.

Miradas no leninistas respecto a la transición en el siglo XX

Las lecturas acerca del camino para la construcción de las bases socio-económicas necesarias para el socialismo no coincidieron en su totalidad con la propuesta de Lenin. Andando el siglo XX se plantearon diversas alternativas: revoluciones de liberación nacional, revolución por etapas, la vía no capitalista de desarrollo, etcétera

El tema del poder fue un punto diferenciador clave del bolchevismo respecto de las posiciones reformistas de la socialdemocracia de la II Internacional. En general puede decirse que los reformistas apostaban a cambios graduales mediante reformas, cambios que no ponían en cuestión el poder del capital y sus representantes, y que -poco a poco- se alejaron del rumbo socialista y acomodaron sus posiciones y propuestas políticas en tibias modificaciones o ajustes secundarios del funcionamiento del capitalismo. Renunciando a toda posibilidad (y necesidad) de superar el capitalismo, el reformismo no

se propuso construir poder, ni tomarlo; hizo del capitalismo su ámbito natural de existencia y reproducción.

Enfrentados a la corriente revolucionaria, y apoyados en el supuesto carácter indispensable de la existencia de un capitalismo desarrollado como premisa para el revolución socialista, los reformistas no aceptaron la posibilidad de un período de transición al socialismo y, evocando a Marx, argumentaron la necesidad de desarrollar primero el capitalismo y la democracia burguesa, para luego plantearse la revolución socialista. Así –muy escuetamente- surgió en nuestro continente la propuesta de la llamada *revolución por etapas*: primero democrático-burguesa, y luego –separada en el tiempo y encabezada por otros protagonistas-, la revolución socialista. Esta posición fue desarrollada, argumentada y sostenida por diversos partidos comunistas en el siglo XX. Baste recordar los amplios debates entre reformistas y revolucionarios que se desarrollaron en los años 50, 60 y 70, alrededor de la existencia o no de una burguesía nacional capaz de encabezar las entonces consideradas revoluciones democrático-burguesas en este continente.

INTERROGANTES PLANTEADAS

Las reflexiones expuestas no pueden menos que abrir una serie de cuestionamientos e interrogantes acerca del curso actual y venidero de las sociedades y acerca de la posibilidad de su transformación, sus fundamentos, protagonistas y horizontes civilizatorios. Escapa a las pretensiones de este estudio detenernos en ellas; sin embargo, por la trascendencia que han tenido en la fundamentación de las revoluciones de orientación socialista o socialistas del siglo XX y que, por ende, tienen a la hora de pensar el socialismo o la transformación social o de orientación socialista en el siglo XXI, me referiré a cuatro problemáticas claves que no pueden eludirse.

¿Puede el capitalismo desarrollado ser la base de la nueva civilización humana?

Concebir la superación del capitalismo sobre el supuesto de que su máximo desarrollo es condición para lograrlo, acarrera las desventajas, entre múltiples, propias del reduccionismo economicista en el quehacer político. En virtud de ello, se supone, por ejemplo, que un cambio formal respecto de los dueños del capital y en la administración

general del Estado, resultaría suficiente para dar por superados los problemas culturales, ideológicos y políticos que la lógica del capital (autoritaria, verticalista, subordinante, individualista, competitiva, explotadora, opresiva, discriminante y excluyente) ha inculcado por siglos en los modos de vida de hombres y mujeres. Dicha concepción no toma en cuenta que el dominio del capital es objetivo-subjetivo, material y espiritual, y que es también en esos ámbitos donde debe ser disputado, contrarrestado y destruido. Los seres humanos concentramos en nuestros cuerpos vivos, a diario, todas las esferas de la vida social, y es desde la vida cotidiana desde donde debemos disputar también la hegemonía de la lógica del sistema del capital, y construir la propia, la de la liberación y construcción de hombres y mujeres nuevos.

Carlos Marx, quien propuso y sostuvo que el caudal de riquezas posibilita, como avance, el modo social comunista, no llegó a conocer la destructividad social y natural inherente al desarrollo del capital, puesto que ella no se manifestaba aún claramente como su tendencia predominante (el capital todavía se encontraba en su fase de “destrucción productiva”[Mészáros]). Tampoco conoció la polarización social creciente que la incesante reproducción ampliada del capital traería aparejada en los ámbitos local y mundial [Samir Amín]. Ha pasado más de un siglo desde entonces y en el curso de este tiempo el despliegue de la lógica destructiva del funcionamiento del capital se ha mostrado en múltiples y nuevas dimensiones. Coincido plenamente por tanto con Mészáros en que mantener hoy aquellas posiciones sería, cuando menos, apuntalar una *ilusión peligrosa*.³² Porque

- El capitalismo (entendido más exactamente como *sistema del capital*) no puede -en ningún ámbito de la vida social- crear las condiciones (preparar el terreno) para eliminar la escasez y desarrollar la abundancia en beneficio de todos. Todo lo contrario.
- *La tecnología y la ciencia no son antídotos “naturales”* al respecto, ni el basamento para un despegue socialista de abundancia ilimitada para todos. En su modo real de articulación y funcionamiento, ellas están involucradas a fondo en un tipo de desarrollo que es simultáneamente productivo y destructivo, y esto no

³² Ver: Mészáros, István, *Más allá del capital*, Op. Cit., pp. 210-214.

puede superarse sin una transformación radical de la base económica que permita restablecerlas como formas de la práctica social.

- El empleo de los medios técnicos para resolver producciones de gran escala no es solo una cuestión de cantidad. El problema está en el empleo irracional y derrochador de los recursos humanos y materiales: Al servicio del capital, la ciencia y la tecnología resultan ellas mismas productoras de un derroche incontrolable. Lejos de ofrecer –espontáneamente- la solución, *ellas mismas forman parte del problema* que hay que superar porque *están totalmente subordinadas a los imperativos reproductivos del capital*. (No puede pensarse por tanto que ellas podrían constituir las bases productivas de un orden reproductivo socialista.)

- Las necesidades nuevas (desvirtuadas) creadas por los requerimientos alienados de *la auto-reproducción ampliada del capital* no pueden ser superadas sin una radical reestructuración de cada dominio y dimensión particular del orden reproductivo establecido (que será heredado por cualquier forma de socialismo posible).

- Sin romper de raíz con las prácticas productivas y reproductivas dominantes, el futuro de la humanidad será la dominación de una u otra forma de escasez. El círculo vicioso de la escasez creada e impuesta artificialmente por el capital solo puede ser roto mediante la reorientación cualitativa de las prácticas productivas y reproductivas. (*Superación radical de la lógica de funcionamiento del capital*)

- En su práctica reproductiva, el capital ha pasado de la llamada “destrucción productiva” -tolerada por algunos como parte inseparable del progreso-, a una etapa en la que el rasgo predominante y creciente es *la “producción destructiva”*.

- La cuestión de la creación de *las bases o premisas* para una nueva sociedad no se limita a la esfera de lo económico-productivo, sino que *abarca todas las dimensiones de la vida social*.

- *La transformación social orientada a la construcción de un nuevo orden social (socialista, comunista), es un proceso consciente* de los pueblos. Es decir,

reclama la participación protagónica plena de la mayoría de hombres y mujeres del pueblo que, en el proceso mismo, van auto-transformándose y constituyéndose en sujetos.

- Este proceso es, a su vez, un proceso simultáneo y yuxtapuesto, de construcción-acumulación de conciencia, organización, propuestas, de fuerzas, de poder, basado y estimulado permanentemente por grandes dosis de creatividad y energía colectivos, de voluntad, deseo y pasión en la búsqueda de la felicidad. Es decir, es también un proceso de *construcción colectiva de un proyecto de futuro para la humanidad*.

¿Qué entender hoy por desarrollo y progreso sociales?

El desarrollo capitalista alcanzado en el Norte (países “desarrollados”) hace aguas, no puede mantenerse ni imitarse, hacerlo equivaldría a extender y profundizar la producción destructiva de la sociedad y la naturaleza. Hoy, cuando la crisis de los capitales pone sus deficiencias a los ojos de todo el planeta, sería un contrasentido continuar pensándolo como condición o premisa paradigmática para el cambio y el progreso social. Este no solo resulta hoy inalcanzable sino también indeseable para las regiones “periféricas”. Inalcanzable porque está excluido de los planes y el diseño mundial del capitalismo global actual. Indeseable porque está claro que no es un “modelo” sobre el cual pueda basarse la posibilidad de justicia, equidad, liberación, supervivencia de la humanidad y progreso. Consiguientemente, en nuestras realidades no cabe esperar (ni apostar a) el advenimiento de un “desarrollo” capitalista *nacional* (no dependiente). La posibilidad está en pensar, desde una perspectiva propia de desarrollo y bienestar -que se está empezando a identificar en Latinoamérica como “buen vivir”-, en la integración continental, constituida, por ejemplo, mediante la conformación de bloques regionales, articulando las esferas productivas, las bases democrático-jurídicas y culturales que le sirvan de sustento y proyección futura sustentable.

En América Latina, se pensó y en cierta medida todavía se piensa –por derecha o por izquierda- que estábamos en una especie de estadio inferior al del desarrollo europeo y que –consiguientemente, en este aspecto-, el desafío/meta consistía en alcanzar (buscar) el mismo grado de desarrollo y estatus de progreso social que los europeos. De ahí al

autoasimilación como países “atrasados”. Esta situación se esperaba lograr, ya sea copiando sus modelos (más exactamente, lo que desde Europa decían que debía hacerse), o buscando vías para poner fin a la dependencia –con o sin la mediación del corte revolucionario- para “completar” el desarrollo de nuestros países vía el socialismo (revolución de liberación nacional y social). En este caso, cabe destacar que las posturas revolucionarias, en su mayoría, priorizaron la cuestión económica por sobre las sociales, culturales, etc., centraron en ella el programa de transformaciones y relegaron a un segundo o tercer plano la cuestión medular de toda revolución: hacer de ella un camino para la liberación humana de sus protagonistas y -a través de ellos-, de la sociedad toda. Los defensores de la revolución por etapas también lo sostuvieron, aunque quizá de un modo más explícito: pretendían que era necesario concluir el desarrollo capitalista para luego *pasar* al socialismo.

Reformismo y revolución compartieron el mismo esquema del desarrollo y el tránsito revolucionario; ninguna de las variantes rompió el paradigma eurocéntrico. En Cuba, no ocurrió así. Los debates iniciales del Che dan una muestra de ello, aunque el fondo de ellos no llegaba a adquirir las dimensiones y la comprensión que alcanzan actualmente.

Lo que se desprende de las experiencias socialistas del siglo XX, de los avances en el conocimiento de la naturaleza y su interacción con el modo de vida de la humanidad, del carácter crecientemente destructivo del modo de producción capitalista en su fase actual, y de los problemas globales que azotan a la humanidad y la amenazan con su desaparición, es que no pueden considerarse vigentes lo que -según Marx-, constituirían las premisas económicas (sociales y políticas), necesarias para llevar a cabo una revolución social superadora del capitalismo. Tampoco es posible aceptar acríticamente la propuesta leninista para los países “atrasados”. Esta modifica los pasos previstos por Marx para transitar hacia el comunismo, pero acepta como válidas las premisas para el cambio revolucionario. La “toma del poder” constituye en este caso, un camino -no para instaurar el socialismo, sino- para *acelerar* la formación o maduración de tales premisas, en lo económico y en lo político. Esto abrió las puertas a la suplantación del protagonismo de la clase obrera, considera el actor político fundamental, por el del partido.

Urge abrir paso a nuevas concepciones acerca del progreso, el bienestar social y consiguientemente, del desarrollo y re-pensar estos temas en función de la sobrevivencia humana en interacción con la naturaleza. La vida –y no la economía- ocupan en ella la órbita central de construcción y organización del metabolismo social, conjugadamente con la política, la cultura y una nueva ética de convivencia humana.

Esas concepciones se consideran nuevas en tanto no han sido incorporadas hasta ahora a las reflexiones y concepciones (pre)dominantes en la problemática del desarrollo, el progreso y el bienestar humanos, pero no porque sean todas absolutamente nuevas en su existencia como ideas, como propuestas y como experiencias concretas de vida. Un ejemplo de ello lo dan los pueblos originarios en Latinoamérica y su modo de vida en las comunidades en integración y armonía con la naturaleza. Para ellos el ser humano es un *ser humano socio-natural* que vive en equilibrio con la naturaleza. El *buen vivir* (colectivo) de la comunidad reemplaza la búsqueda consumista de bienestar y progreso individuales (e individualistas).

Conclusión: Los hasta hace poco vigentes paradigmas de desarrollo, bienestar y progreso necesitan ser removidos y renovados creadoramente por los pueblos acorde con las condiciones actuales del planeta, con las necesidades de supervivencia de la humanidad, y con las de cada sociedad concreta de que se trate, siempre en armonía con el conjunto de la humanidad (sociedad global).

De conjunto, esto remueve desde abajo, desde la raíz, la concepción del cambio social, sus tareas, perspectivas y objetivos a alcanzar. Se mantiene el ideal de la utopía liberadora y los ideales de solidaridad, hermandad y equidad social como base de un tipo de sociedad que ponga fin de la explotación de la naturaleza y los seres humanos por otros, pero los fundamentos y las alternativas de cómo hacerlo, y los objetivos a alcanzar, se han modificado sustantivamente, modificando también el ideal de sociedad futura -llámese socialista o no-, que hay que buscar, crear y construir.

No hay recetas para ello; se trata de construir las alternativas colectivamente, desde abajo y con los de abajo, en cada sociedad, creándolas y diseñándolas en el proceso práctico de su construcción, y en interacción permanente con los pueblos vecinos y del mundo. Así ocurre también con los caminos concretos por los que transita o pudiera transitar la transformación.

En la situación de *barbarie* en la que nos encontramos producto de la irracionalidad y mezquindad del capitalismo, no puede haber dudas de que una *nueva civilización humana* es hoy -como ayer el comunismo-, indispensable. Pero sus premisas, así como las vías y los caminos para llegar a ella son abiertos y están en construcción permanente desde abajo por los pueblos, en disputa integral y constante con los enemigos de la vida y la sobrevivencia humana social y natural.

¿Sujetos colectivos o Partidos de vanguardia?

La interrogante planteada sería: ¿Existe hoy, en Latinoamérica y en el mundo una correspondencia de identidad entre clase obrera y sujeto de la transformación social?

No existe un sujeto social y político *a priori* de la situación social históricamente concreta, ni predeterminado a ser tal sujeto para todos los tiempos y todas las realidades sociales posibles.³³ La realidad histórico-social del continente cuestionó ayer y cuestiona hoy, la vigencia de la tesis de Marx que sostiene la correspondencia entre clase obrera y sujeto revolucionario.

En América latina se impone re-pensar el sujeto social y político del cambio, en primer lugar, dando cuenta de su diversidad histórico-cultural: la discusión acerca de la relación sujeto-clase y clase-pueblo, en especial clase-pueblos originarios, tiene larga data. En segundo lugar –y articulado a lo anterior-, es necesario dar cuenta de la alta y creciente fragmentación social (comenzando por la clase obrera), producida con los cambios estructurales recientes y la globalización neoliberal. De conjunto, esto ha transformado tanto la existencia y las modalidades de la subordinación real del trabajo al capital como las subordinaciones formales. De ahí que, como señala Pablo González Casanova

Es indispensable (...) pensar en las nuevas clases sociales que se relacionan, en los nuevos amos y esclavos, en los nuevos burgueses y

³³ A ello se refiere, por ejemplo, Franz Hinkelammert, cuando señala que: "El llamado a ser sujeto se revela en el curso de un proceso: Por eso, el ser sujeto no es un a priori del proceso, sino resulta como su a posteriori. El ser humano como sujeto no es ninguna sustancia y tampoco un sujeto trascendental a priori. (...) Se revela entonces, que el ser sujeto es una potencialidad humana y no una presencia positiva." *El retorno del sujeto reprimido*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2002, p. 349.

proletarios, en los nuevos colonizadores y colonizados, en los nuevos victimarios y víctimas, en los nuevos opresores y rebeldes.³⁴

El desarrollo capitalista transformó (y transforma) la composición, situación, existencia y formas de organización de la clase obrera: esta se encuentra hoy atomizada, quebrantada y dispersa. Los trabajadores ocupados y desocupados, formales e informales, los trabajadores temporales y en negro (particularmente los migrantes), en diversidad de jerarquías y de fragmentaciones por sectores, constituyen la realidad actual mayoritaria de la clase obrera en el tercer mundo, periferia, etc. Los explotados de las ciudades y del campo se diversifican (y fragmentan) por doquier, los pueblos originarios reclaman su lugar en la historia, se constituyen decenas de actores sociales en lucha por sus derechos. Y la necesidad de articulación de todos -a partir de sus diversas modalidades de existencia, organización, identidades, problemáticas e intereses-, se impone cada vez más como camino para la construcción de un sujeto colectivo capaz de diseñar y realizar los cambios políticos del momento actual, así como de *empujar* el proceso hacia transformaciones mayores.

En Latinoamérica no existe hoy ningún actor social, sociopolítico, o político que pueda por sí solo erigirse en sujeto de la transformación; este resulta necesariamente un colectivo plural-articulado que se configura y expresa como tal sujeto en tanto sea capaz de articularse, constituyéndose en actor colectivo. Los nuevos actores y actoras, surgidos y constituidos en tales actores y actoras en las últimas décadas, junto a la clase obrera tal y como ella existe hoy, resultan todos *sujetos potenciales* de los cambios sociales con plenos derechos y capacidades. En virtud de ello, junto a la realidad de identidades y subjetividades constituidas con las que hay que contar y enriquecerse, la necesidad de construir convergencias y modalidades de articulación emergen como el camino hacia la constitución de lo que se avizora claramente como un *sujeto plural*.

La problemática del sujeto se refiere entonces –en este sentido- a la necesidad de reconocer a los viejos y nuevos actores sociales, con sus problemas, reivindicaciones, objetivos y anhelos, como posibles constituyentes-conformadores-integrantes de un sujeto sociotransformador que solo podría constituirse como tal sujeto si se plantea como

³⁴ *Las nuevas ciencias y las humanidades. De la academia a la política*. Editorial Anthropos, Barcelona, 2004. Tomado del original en Word, p. 201. Archivo CETRI, Lovaina la Nueva, Septiembre de 2004.

sujeto colectivo social: actores sociopolíticos diversos articulados en un proceso de maduración colectiva de modo tal que puedan constituirse en sujeto colectivo interarticulado y conciente de sus fines sociohistóricos, es decir, capaz de identificarlos, definirlos y trazarse vías (y métodos) para alcanzarlos. Esto es lo que defino como *sujeto popular*.

El sujeto se avizora claramente constituido sobre la base de la articulación horizontal, voluntaria y conciente de todos y cada uno de los actores socio-políticos que protagonizan el proceso de transformación en una sociedad concreta, en un momento histórico-determinado. En política, esto se traduce en la conformación del **actor colectivo**, fuerza político-social capaz de diseñar, tensionar e impulsar el proceso de cambios en transición hacia lo nuevo, hacia la utopía buscada.

La constitución del actor colectivo del cambio social no ocurrirá espontáneamente; su articulación reclama una labor político-organizativa conciente, sistemática y colectiva. Los procesos de resistencia y lucha contra las atrocidades y discriminaciones del capitalismo protagonizados por diversos actores y actoras sociales, constituyen plataformas concretas para construir las convergencias y articulaciones comunes orientadas hacia la (auto)constitución de los variados y fragmentados actores sociales (sectoriales, intersectoriales y políticos) en actor colectivo.

Son las resistencias y las luchas sociales concretas las que generan las necesidades de articulación y los ámbitos concretos de coordinación de propuestas concretas y de articulación de actores sociopolíticos. Estas resultan aproximaciones hacia lo que podría llegar a ser el sujeto colectivo del cambio, resultante de un proceso pedagógico-práctico de articulaciones sucesivas –no siempre fructíferas quizá-, llevadas a cabo por los diversos actores sociopolíticos que –conscientemente- se proponen transformar los ámbitos coyunturales en nodos orgánicos estables capaces de profundizar el cuestionamiento –político- de la sociedad.

Es precisamente esta dimensión de cuestionamiento político-crítico de la sociedad como totalidad la que marca el carácter y el contenido político del cuestionamiento sociopolítico que la articulación orgánica –si es radical real y no formal- significa: avanzar conciente y colectivamente en la definición programática de la oposición político-social al sistema desarrollada, tomar posición concreta acerca de lo que se quiere

construir, y articular todo ello con la definición de los elementos centrales –de base- de un proyecto estratégico alternativo colectivo común.

La construcción del actor colectivo (sujeto popular) requiere ir más allá de la reunión cuantitativa de actores diversos, y sus luchas y propuestas reivindicativo-sectoriales. Supone, en primer lugar, ampliar los contenidos de tales luchas y, en segundo, ampliar las dimensiones de las mismas, orientando el cuestionamiento social hacia los fundamentos mismos del sistema de dominación del capital, y plantear este cuestionamiento de un modo positivo, es decir, conformando un proyecto alternativo.

Coincido plenamente con Samir Amín cuando apunta que el proyecto alternativo no es igual a la sumatoria ecléctica de todos y cada uno de los programas reivindicativos sectoriales. La sumatoria de las reivindicaciones no ha sido, no es, ni será el proyecto estratégico sociotransformador, pues todas ellas (y cada una) reivindican su derecho en el sistema, esa es su función y su sentido como tales reivindicaciones; en su avance mediante luchas y resistencias los actores sociales van encontrando o descubriendo obstáculos, muchos de los cuales les resultarán insuperables dentro del sistema y, como parte del propio desarrollo de sus luchas y de su conciencia política –labor crítico-reflexiva mediante, en interrelación con las prácticas-, pueden llegar a cuestionar los fundamentos mismos del sistema social. Es entonces cuando la articulación de las luchas y problemáticas de los diversos actores -y a ellos mismos-, permite ahondar el cuestionamiento social y va descubriendo la totalidad del problema en la raíz del sistema. Y esto es político, es la más clara dimensión política de lo reivindicativo-social: articular las problemáticas que aparecen en la superficie como supuestos “defectos” del sistema social con la lógica de sus fundamentos sociales (económicos, políticos, morales... con el poder). Es decir, descubrir la raíz económica-política-social de los problemas reivindicativo-sectoriales en la dinámica del funcionamiento de la sociedad, a la cual responden parcialmente, fragmentariamente (en dimensión y profundidad) las luchas reivindicativo-sectoriales.

Ir más allá de lo reivindicativo significa entonces, contenerlo, pero no suprimiéndolo, sino articulado a una perspectiva político integradora que supone el cuestionamiento integral del sistema, plasmándolo en positivo: construyendo y explicitando las propuestas alternativas al mismo, avanzando hasta donde sea posible, en la definición del proyecto

estratégico alternativo, que será la base de referencia político-ideológica última para la definición del programa político concreto –convergente con él- para el momento inmediato de que se trate.

Esto es, en definitiva, lo que hará de aquel nodo de articulación una cuestión política y de los antes aislados actores-sociales el sujeto (colectivo) de las transformaciones de su sociedad.

El proyecto alternativo resultante construido por los actores sujetos es, a su vez, interconstituyente de ellos mismos en actor colectivo (sujeto popular) de la transformación social, protagonista de su historia. En virtud de ello, tal proyecto -como he expuesto en otras ocasiones- se considerarse el elemento que *cierra* (anuda) el proceso de articulación-constitución-autoconstitución de los actores-sujetos individuales en un actor colectivo del cambio, sujeto de su historia, que es en realidad una resultante de las interarticulaciones e interdefiniciones entre sujetos, poder (propio) y proyecto alternativo superador.

En proceso global de luchas y resistencias, esto supone -a la vez- la articulación de procesos interconstituyentes de múltiples y diversificados actores locales (nacionales y regionales), hacia la constitución-autoconstitución de lo que será un *sujeto global* alternativo, interesado en cambiar desde la raíz el mundo irracional y (auto) destructivo del capitalismo.

En estas condiciones, la reapertura y actualización del debate acerca de la relación clase-sujeto sociotransformador vuelve a tener sentido y, con ello, también lo que hace a la formación de su conciencia y de su multifacética subjetividad. La necesidad de articulación de los actores-sujetos no se refiere solo a la necesidad de superar su fragmentación social-sectorial, articulado a ello, comprende también –y en primer lugar, diría yo- el ámbito de sus subjetividades.

Como señala Dussel, “La subjetividad es más que conciencia, pero dice referencia a ella. Es el vivenciar lo que acontece (...) en la realidad.”³⁵ Es decir, la subjetividad contiene la conciencia pero no se reduce a ella. Lo contrario, su identificación forzada, devino reduccionismo y –de hecho- empobreció las reflexiones acerca de las

³⁵ Dussel, Enrique, “Sobre el sujeto y la intersubjetividad: el agente histórico como actor en los movimientos sociales”, Revista *Pasos*, No. 84, DEI, San José, 1999, p. 2.

interrelaciones conciencia-subjetividad, al no analizarlas más allá de la conciencia de clase. Tiene que ver con el cuerpo -y esto bien lo sabe el poder que, para dominar las mentes castiga los cuerpos-, tiene que ver con lo no-conciente, que puede llegar a ser un día conciente pero no necesariamente, incluye también los sueños, etcétera.

Lo que interesa destacar ahora, concretamente, es la interrelación inseparable entre sujeto y subjetividad, es decir, entre los actores-sujetos concretos y sus subjetividades, la necesidad de tomarlas en cuenta a la hora de pretender entender a los actores-sujetos, y sus identidades, intereses y motivaciones subjetivas, más allá de su conciencia político-ideológica, es decir, tomando en cuenta las estrechas interrelaciones y mediaciones que existen entre una y otra.

Mucho habría para plantear crítica y autocráticamente sobre este tema. Me limitaré ahora a subrayar que -en el mundo actual-, atender a las distintas manifestaciones y ámbitos donde la subjetividad de los actores sociales diversos se constituye, reproduce e interactúa, resulta indispensable para pensar la transformación social, la construcción de la conciencia revolucionaria tal como ella puede existir hoy, todo ello articulado a la constitución autoconstitución de actores-sujetos en actor colectivo, condición que supone la articulación de subjetividades en tanto los actores-sujetos resultan también de la interacción de intersubjetividades y, entre ellas, de sus conciencias.

En la época de la ofensiva ideológica del capitalismo global mediante los medios de comunicación masiva, la cultura de masas uniformizante, la mercantilización de la vida y de las relaciones sociales, el predominio del pensamiento único y la negación de todo futuro diferente del presente, resulta imprescindible abocarse(nos) a la formación de una nueva subjetividad humano-revolucionaria. Ello supone, en primer lugar, construir una ética humano-social solidaria.

La atomización permanente de la clase obrera y de sectores sociales diversos va acompañada de una fuerte inyección de individualismo vinculada irracionalmente a la sobrevivencia que obliga a cada uno a ver en sus pares un enemigo potencial de su puesto de trabajo al que, en consecuencia, para “salvarse”, hay que destruir y aplastar, expulsándolo del sector o ámbito laboral, del barrio, de la ciudad... La perversión del sistema radica en esto precisamente: la selección no es “natural” ni por la acción de la “mano invisible” del mercado, ocurre a través del desarrollo de estrategias económicas,

sociales e ideológicas que -por diversos medios- convocan a salidas individuales, e inoculan el “sálvese quien pueda” que hace de cada ser humano enemigo del ser humano vecino, poniéndolos a competir en las arenas del gran circo del mercado, abarrotado de batallas de pobres contra pobres.

Es el chantaje brutal del capital, y su consecuencia apocalíptica es el genocidio planificado de amplias capas de trabajadores -ahora considerados sobrantes- por la conformación de nuevas formas de organización del proceso de producción, y -a la par- de un nuevo mercado global tecnológicamente avanzado y móvil, capaz de generar mucho más rápidamente altísimas ganancias. Es la base de la actual nueva etapa de acumulación mundial del capital.

Una ética humano-social solidaria resulta vertebradora de una nueva (inter)subjetividad revolucionario-liberadora, sin la cual la transformación social será imposible, pues imposible será la (auto)construcción-(auto)constitución del sujeto popular del cambio. Se trata de un proceso conciente y colectivo de articulación-constitución de los actores sociales en sujeto popular, proceso que -por ello- es de autoconstitución.

Esta construcción de actores-sujetos es fundamentalmente autoconstrucción y autoconciencia crítica-intersubjetiva. Pero también ocurre, entre otras mediaciones -en las que destaco en primer lugar la propia práctica transformadora de los actores-sociales-, con el aporte de las *ciencias sociales críticas*, de los expertos, de los intelectuales orgánicos, de los militantes con mayor experiencia, y se plasma en sus modalidades organizativas y planteo programático-proyectivo, aunque sin reducirse ni equipararse nunca a ellos.

Esto contribuiría al necesario diálogo entre el saber popular, el científico académico, y las elaboraciones teóricas provenientes de los movimientos sociales, de sus prácticas y las reflexiones sobre ellas, es decir, entre intelectuales orgánicos y académicos (que pueden ser también ambos). Esta necesidad ha sido durante mucho tiempo relegada del quehacer marxista que, como señala Samir Amín, se ha dedicado -sobre todo en Europa- a instalarse en las universidades. Para ello se vio obligado a demostrar ser *científicamente* “superior” al pensamiento liberal reinante, lo cual lo distorsionó transformándolo unas veces en una variante del positivismo, otras en exégesis de los textos de los fundadores, y

así en otras variadas corrientes. La conclusión fue: disección de la propuesta teórico-práctica revolucionaria de Marx, y su reducción a ensayos académicos de interpretaciones tras interpretaciones que poco o nada tenían que ver con las luchas sociales de su época ni con las problemáticas de los actores sociales concretos en busca de su liberación.

De conjunto, lo expuesto abre una serie de tareas y desafíos en lo político, en lo cultural y en lo organizativo. La búsqueda de respuestas concretas a tales tareas y desafíos caracteriza a los actuales procesos políticos alternativos que tienen lugar en Latinoamérica, en confrontación política con los representantes de los intereses del capital transnacional desde ámbitos locales, ya sea desde la oposición o desde el gobierno nacional, impulsando –en este caso- con mayor fuerza y posibilidades, procesos de acumulación de fuerzas sociales favorables al cambio, y la construcción de poder propio popular (empoderamiento colectivo) desde abajo.

La organización política: herramienta clave

Contar con una organización política capaz de impulsar la realización de las tareas políticas necesarias, orientadas a construir –con los actores sociales y políticos- las convergencias y articulaciones necesarias y posibles en los distintos momentos del desarrollo de las disputas político-culturales con la hegemonía dominante, encaminándose hacia la constitución del actor colectivo, resulta clave. Esto no se logra espontáneamente.

Pero, ¿de qué tipo de organización política se trata?, ¿cuál es su contenido, sus tareas, su sentido sociopolítico?

La organización política no es –vale reiterarlo-, “el sujeto político” del cambio, sino la herramienta política de los pueblos para alcanzar los objetivos por ellos definidos. A tono con ello –junto a otras variadas razones-, resulta cuando menos limitado pensar las alternativas organizativas circunscribiendo la política y lo político a la acción de los partidos, se consideren o no “de vanguardia”.

Se trata de un nuevo tipo de organización política

La situación social y política que anima el continente reclama renovar las miradas y las reflexiones de los procesos sociotransformadores, sus perspectivas, los alcances de la

acción política protagonizada por diversos actores sociales, la relación entre los movimientos sociales populares y los sobrevivientes partidos de izquierda. Al igual que sus actores, la acción política resulta una encadenada articulación de luchas reivindicativas políticas, sectoriales e intersectoriales. Y esto se relaciona directamente con la elaboración de propuestas alternativas, con las prácticas que las van construyendo, y con los pensamientos que reflexionan críticamente sobre ellas y las orientan.

Los planteamientos expuestos cuestionan radicalmente las hasta hace poco prevalecientes concepciones acerca de la vanguardia política, del partido político como única expresión y representación política válidas.

Obviamente, las tareas no se realizarán espontáneamente; contar con una organización política capaz de impulsar, orientar y organizar la realización de las tareas políticas encaminadas a construir –con los actores sociales y políticos- las convergencias y articulaciones necesarias y posibles en los distintos momentos del desarrollo de las disputas político-culturales con la hegemonía dominante, resulta indispensable. Pero las modalidades y los caminos de transformación social desde abajo, la larga transición que ella demanda, así como las tareas democrático-culturales que exige el proceso de conformación-constitución de la fuerza social de liberación, reclaman una redefinición del tipo de organización política y de su papel político-social.

El replanteamiento de las modalidades y los caminos de transformación social desde la perspectiva expresada, y la larga transición que ello demanda, reclaman una redefinición del tipo de organización política necesaria y de su papel político-social. Es fundamental retomar y reafirmar su carácter de *instrumento político* de los pueblos, para organizar y potenciar su protagonismo y participación políticas orientados a la mejor concreción de los objetivos propuestos, y no como un aparato superestructural construido para suplantarlos. En la actualidad, una de las tareas centrales de ese instrumento político consiste en contribuir a la articulación y organización de los diversos actores sociales en un actor colectivo, unido en su diversidad como protagonista social y político de los cambios, entendiéndose, obviamente, como parte integrante de ese actor colectivo.

Está claro que sin dirección política consciente y organizada de los procesos sociales no logrará articularse un proceso permanente de transformación de la sociedad en un sentido colectivamente definido por el pueblo (articulado). Pero ningún actor o sector

social se constituye en dirección política por el solo hecho de desearlo. La conducción política se construye en el curso concreto de los acontecimientos sociales y de modo colectivo, y esto supone el desarrollo de un proceso de construcción creciente de protagonismo de los diferentes actores sociopolíticos, la realización de experiencias organizativas concretas, y la maduración de voluntades de articulaciones entre ellos.

Los tiempos actuales reclaman organización política, pero no puede entenderse a esta como un partido político tradicional. No se necesita un aparato superestructural que busque suplantar a los protagonistas y pretenda digitar “desde arriba” la revolución. Al contrario, una de las tareas actuales de la organización política de nuevo tipo, consiste en contribuir a la articulación y organización horizontal desde abajo, de los diversos actores sociales en actor colectivo, diverso y plural, pero unido en tanto protagonista social y político de los cambios, entendiéndose a la organización política, obviamente, como parte integrante de ese actor colectivo. Esto reclama también resignificaciones de la concepción acerca de la unidad, supone revalorizar el derecho a la diferencia atendiendo a las nuevas dimensiones que la diversidad de actores, de identidades y de problemáticas le imprime a la necesaria unidad, enriqueciéndola y proyectándola hacia nuevas figuras y modos de organización sociales, políticas, culturales e ideológicas.

Esto habla también de un nuevo tipo de militante, que modifique de raíz lo que hasta ahora suponía era “su modo de ser” y actuar: llevar las ideas y propuestas del partido hacia la población, aceptando la suposición de que ella es solo “fuerza material” cuya “misión” consiste –según la vieja tradición de la izquierda-, en realizar las ideas-verdades proveniente del partido de vanguardia.

El militante de hoy debe ser capaz de invertir dicha lógica, de concertar voluntades diversas y dispersas, de abrir los espacios protagónicos a las mayorías, y contribuir a capacitarlas para que puedan desenvolverse en ellos al máximo de las posibilidades, conciente de que los desafíos sociotransformadores reclaman su involucramiento pleno.

III. SIGLO XXI: TIEMPO DE *REVOLUCIONES DESDE ABAJO*

El pretendido éxito capitalista y sus paradigmas de desarrollo y bienestar basados en el consumismo depredador, se desmorona día a día. La crisis inocultable muestra crudamente un mundo con graves problemas humanos, ecológicos-naturales-ambientales,

con agotamiento cercano de los recursos naturales, particularmente las fuentes de energía, en primer lugar, el agua. El capitalismo ha generado y globalizado problemas como el hambre y la pobreza crecientes, la proliferación de enfermedades, el analfabetismo, la explotación infantil, la sobrecarga de trabajo y explotación de las mujeres, la alienación, el consumismo hedonista, el stress social, el abandono de los ancianos, las guerras, etcétera. Ha colocado al mundo, a la humanidad, al borde del abismo.

La actual crisis aumenta el riesgo, pero a la vez, abre posibilidades para su superación definitiva. Hoy las interrogantes acerca del futuro de la humanidad, son cada vez más frecuentes, ello es una ventaja frente al soñado eterno capitalismo como “fin de la historia”. Sin embargo, las alternativas no están a la vista, maduras y elaboradas. En ello influyen tanto los cambios tecnológicos, en la electrónica, la robótica, etc., y su impacto en los ritmos productivos y en los modelos organizacionales, como el cambio radical del sistema mundo y el *modus operandi* de los poderosos a nivel global, como el derrumbe y fracaso del sistema socialista mundial del siglo XX y todo lo que ello implica para la correlación mundial de fuerzas, para el pensamiento y las prácticas alternativas del presente.

¿Es posible realmente construir otro mundo?, ¿cómo? ¿Cuál es *el tipo de sociedad (y de poder)* que podría responder a las necesidades democráticas, participativas y emancipadoras de los oprimidos? ¿Cuál es el papel de los movimientos sociales, de los pueblos originarios y sus organizaciones, cuál es el papel de la clase obrera y los trabajadores en la creación-realización de esa apuesta estratégica?

Transformar la sociedad desde las entrañas del capitalismo

Está claro que en el capitalismo no solo no habrá soluciones a los problemas sociales y ambientales, sino que estos empeorarán de modo creciente; no hay dudas de que hay que buscar caminos alternativos, como tampoco que las soluciones no vendrán mágicamente de “alguna parte” externa a nuestras prácticas y construcciones cotidianas. Pero ya no se trata de “una etapa” que se inicia como consecuencia de la “toma del poder”; sus tareas no consisten tampoco en construir las “bases materiales” para el socialismo. Hoy más que nunca antes la transformación de la sociedad se evidencia como un proceso permanente de construcción-transformación de lo nuevo (del nuevo poder), que nace y se desarrolla

desde abajo y desde las entrañas de las sociedades capitalistas, y es protagonizado, en primer lugar, por los hombres y las mujeres que viven –en el campo y en la ciudad- de su trabajo. Son y serán ellos –transformación cultural y construcción del actor colectivo revolucionario mediante-, los responsables de imprimir el contenido y la orientación al proceso de transformación que encarnan en cada sociedad en la medida que sean capaces de impulsarlo y construirlo.

UNA NUEVA PROYECCIÓN ESTRATÉGICA: LA REVOLUCIÓN DESDE ABAJO

En los últimos 30 ó 40 años, los movimientos sociales de América Latina protagonizaron grandes revueltas populares. Estas estimularon los debates acerca de la posibilidad de cambiar la realidad, acerca de la orientación y el alcance estratégicos de tales cambios, y acerca de quiénes serían los sujetos que los llevarían adelante. Se plantearon reflexiones netamente políticas centradas en la problemática del poder: en *qué* consiste, *cuáles* son los mecanismos de su producción y reproducción, *cómo* se transforma, *por qué* medios, *quiénes* y *para qué*, o sea, con *qué* objetivos y orientación estratégica. Aguijoneadas por los fragores de las resistencias y luchas sociales, se fueron creando y desarrollando elementos claves de lo que hoy configura una *nueva concepción estratégica* acerca del cambio social, acerca de la construcción del poder propio, y acerca de *quiénes* (sujeto) serían capaces de construir, sostener, profundizar y orientar los procesos sociales de cambio hacia la construcción de una nueva sociedad, superadora del capitalismo.

Esa concepción estratégica, que no apuesta (ni espera) a tomar el poder institucional para desencadenar/articular el proceso socio-transformador, que no confía el cambio de las relaciones sociales entre hombres y mujeres a decretos emanados de la superestructura estatal-gubernamental-partidaria, que construye poder popular a partir de apostar a la formación de sujetos conscientes, protagonistas del proceso revolucionario de cambios, es la que permite definir hoy a las revoluciones sociales como *revoluciones desde abajo*.

Nuevos componentes paradigmáticos:

- La transformación de la sociedad comienza en el seno mismo del capitalismo, sin esperar (apostar/condicionar) a la toma del poder. Esto significa que el poder (popular) se

construye desde abajo y desde el interior del sistema regido por el capital, disputándole su hegemonía, construyendo poder y hegemonía propios.

- El poder no es un objeto, ni radica en un lugar determinado. El poder es una relación social de fuerza (política, económica, cultural, moral, social) que resulta y se constituye en hegemónica-dominante como resultante de la interrelación del conjunto de relaciones sociales, culturales, económicas, políticas, regidas y erigidas a partir de intereses sectoriales y de clase, y regulada por las interrelaciones entre estas. En estas interrelaciones se constituye, expresa y modifica permanentemente una determinada relación de fuerzas (entre las clase con intereses en pugna/conflicto), con el predominio de una/s, que se constituye en fuerza hegemónica (económica, cultural, política e ideológica), y cuya fortaleza o debilidad es puesta permanentemente en jaque en las luchas entre clases. Esto marca la dinámica del movimiento social y político en cada momento histórico concreto, y define la capacidad de ofensiva (imponer sus intereses) de cada uno.

- La fuerza hegemónica dominante de una clase, los capitalistas, es la que se constituye en dominante a través del Estado burgués, esa fuerza “brota de la sociedad, pero se sitúa por encima de ella y se divorcia cada vez más de ella.”³⁶ El Estado marcó Engels, es moderno surge, precisamente -como señaló Lenin-, “en el sitio, en el momento y en el grado en que las contradicciones de clase *no pueden*, objetivamente, conciliarse. Y viceversa: la existencia del Estado demuestra que las contradicciones de clase son irreconciliables.”³⁷

- Conquistar el poder no puede concebirse, por tanto, como un acto: la *toma del poder* (del otro), generalmente entendido como apropiación del aparato estatal-gubernamental. Es un proceso articulado/mediado por la construcción de poder popular (poder propio) desde abajo. En dicho proceso, el pueblo irá tomando conciencia de su capacidad de poder y de los modos y vías para ejercerlo, organizándose para ello – empoderándose- sobre nuevas bases, desarrollando prácticas colectivas que abran camino hacia lo nuevo a la vez que lo van creando y construyendo día a día en todos los ámbitos de sus actividades.

³⁶ Lenin, Vladimir Ilich (2006). *El Estado y la Revolución*, Editorial Nuestra América, Buenos Aires, p. 24

³⁷ *Idem*, p. 22

- Construir poder propio reclama desarrollar las capacidades para contrarrestar el poder hegemónico (o la hegemonía del poder), al punto de llegar a excluirlo del campo de la determinación de las dinámicas de las relaciones sociales y construir, a la vez, la propia hegemonía en el conjunto de relaciones sociales, basada en la construcción de otro tipo de interrelaciones sociales, culturales, económicas y políticas. Esto implica articular la resistencia, lucha y construcción popular en todos los ámbitos: desde el supuestamente más ínfimo y cotidiano hasta las instituciones superestructurales, sobre la base de una lógica propia, radicalmente diferente de la del poder que se pretende superar, o se quedará prisionero de su hegemonía y lógica de funcionamiento por más que se logre desplazarlos del aparato institucional estatal-gubernamental (experiencias del socialismo del siglo XX).

- El sujeto del cambio, el sujeto revolucionario, no existe como tal *a priori*, es decir, previo a la experiencia. Es en las resistencias y luchas sociales, en la construcción de alternativas sectoriales e intersectoriales, coyunturales y estratégicas, que los diversos actores van desarrollando su conciencia política y avanzando hacia formas complejas de organización y articulación, es decir, hacia la constitución (auto-constitución)³⁸ del *actor colectivo*, fuerza social y política creadora, impulsora y realizadora de los cambios.

- Se trata de un *sujeto plural*, de un colectivo de actores sociales y políticos diversos, que se van articulando en *uno* y constituyéndose en *actor colectivo* sobre la base de compartir la orientación estratégica, virtual imán que atrae y tracciona -con modos y por caminos disímiles- a las resistencias, luchas y propuestas alternativas de cambio.

- El proyecto de nueva sociedad se define en el proceso mismo, con la participación activa y protagónica de los actores y sectores sociales que participan del proceso de lucha y transformación social. No emana del trabajo de un grupo de profesionales reunidos en un congreso partidario. El nuevo mundo, la nueva sociedad donde la humanidad va a vivir, no puede delegarse en élites ni minorías bien intencionadas, es responsabilidad de todos o, en el peor de los casos, de las mayorías.

³⁸ Referido al movimiento social, la expresión “auto” no quiere decir que un fenómeno o proceso se produzca por generación espontánea ni mágicamente. Alude a la necesaria participación consciente de los sujetos que dan vida y sentido al proceso, señala que es en la experiencia, en la participación consciente de los sujetos en el proceso transformador, transformando, que se producen las transformaciones en los sujetos (por los sujetos), y suponen por tanto transformaciones en el poder, la conciencia y organización.

LA CONSTRUCCIÓN DE PODER POPULAR DESDE ABAJO

En Latinoamérica existen hoy nuevos (y diversos) modos de pensar/transformar la sociedad, surgidos y enriquecidos con las resistencia y luchas de los pueblos. En ellos, la revolución social no se concibe –según la vieja usanza-, como un tiempo, “una etapa” o un proceso que se inicia por “arriba” luego de la “toma del poder”, ni como un resultado de ello; no es “algo que ocurre” en la sociedad a consecuencia de la apropiación de la superestructura política y cambios estructurales por parte de una vanguardia política, cuya tarea central sería construir las “bases materiales” para el socialismo.

A diferencia de la metodología economicista-vanguardista que tipificó las prácticas y los derroteros revolucionarios del siglo XX, la propuesta de revolución social desde abajo supone que esta nace y se desarrolla en las entrañas mismas del capitalismo, con las primeras resistencias; está presente en todo el proceso, es el proceso mismo. Este posicionamiento y comprensión de la revolución social como un proceso de transformación integral (social, cultural, económico y ético) permanente, se expresa y condensa metodológica y políticamente en el concepto *construcción de poder desde abajo*.

En esta perspectiva, la transformación de la sociedad se evidencia como un proceso permanente de resistencia, de rechazo al poder hegemónico dominante y –a la vez-, de construcción de lo nuevo, del poder popular. Este nace y se desarrolla desde abajo, se produce, reproduce y expresa en el modo de vida cotidiana individual, comunitaria y social, y que es protagonizado, en primer lugar, por los hombres y las mujeres del pueblo que viven –en el campo o en la ciudad- de vender su fuerza de trabajo para sobrevivir. Son ellos –transformación cultural y construcción del actor colectivo mediante-, los responsables de imprimir el contenido y la orientación al proceso revolucionario de transformación social en cada sociedad, en la medida que sean capaces de crearlo, construirlo, sostenerlo y desarrollarlo.

La construcción de poder propio se asume, desde esta perspectiva, como parte del necesario proceso de de-construcción de la ideología y las culturas dominantes y de dominación, que es simultáneamente un proceso de construcción de nuevas formas de saberes, de capacidades organizativas y de decisión y gobierno de lo propio en el campo

popular. Son nuevas formas que constituyen modos de empoderamiento local-territoriales, bases de la creación y creciente acumulación de un nuevo tipo de poder participativo-consciente –no enajenado- desde abajo, de desarrollo de las conciencias, de las culturas sumergidas y oprimidas, con múltiples y entrelazadas formas encaminadas a la transformación global de la sociedad.

Esto supone **construir desde abajo la hegemonía política, ideológica y cultural acerca de la nueva sociedad** que se desea, simultáneamente que se la va diseñando y construyendo (a la hegemonía y a la nueva sociedad) desde ahora, en cada espacio. Postergar la lucha por la superación de la enajenación humana y el inicio de los cambios necesarios para lograrla para después de la toma del poder, empaña y aleja la posibilidad de liberación en vez de contribuir a ella. Y esto implica un cambio radical en la lógica de las luchas sociales, en la construcción de la conciencia política, de la organización, del poder propio y, también, respecto al sujeto social y político de las transformaciones.

Estos aspectos son, resumidamente, los que marcan la ruptura más nítida y radical de esta concepción acerca de la transformación de la sociedad, respecto de las concepciones vigentes en el siglo XX.

La revolución social desde abajo apuesta a construir integralmente poder popular desde abajo, es decir, a la transformación cultural, política, ideológica y económica del modo de vida implantado por el capital y a la construcción de un nuevo modo de vida, de una nueva civilización humana superadora del capitalismo. Esta tarea reclama no solo de la construcción /autoconstrucción del actor colectivo capaz de hacerla realidad en los ámbitos locales, sino también en el ámbito global, es decir, reclama también de la conformación de un sujeto global. Ello anuncia que se trata de un proceso global de transformaciones profundamente imbricado con una lucha cultural, ideológica y política acerca del ser humano y su existencia, su libertad y sus obligaciones para consigo mismo y sus hermanos, y con la naturaleza

Precisiones del concepto “desde abajo”

El concepto *desde abajo* alude, en primer lugar, a un posicionamiento político-social desde el cual se produce la transformación de la sociedad y la construcción de lo nuevo,

en el que ocupa un lugar central, protagónico, la participación de “los de abajo”. Así lo emplearon, por ejemplo, Marx, Engels y Lenin.

Actualmente, este concepto ha ampliado su significación. Por un lado, algunos sectores sociales y pensadores lo han reinterpretado y enarbolado como contraposición al poder “desde arriba”, como rechazo a todo tipo de dirección centralizada y, por extensión, a toda forma de organización social y política. En la práctica, esto se ha traducido en distintas posiciones basistas, espontaneístas y en la divulgación de un tergiversado anarquismo. Digo “tergiversado” puesto que el anarquismo nunca renunció ni rechazó la organización, muy por el contrario. La disputa fundamental estuvo marcada por los debates en torno al Estado y sus formas de desaparición: ¿se extingue o debe abolirse? Junto a ellos se desarrollaron otros aspectos que es importante rescatar: la defensa de las posiciones libertarias, participativas, el apelo a la horizontalidad y la valorización de lo autogestionario como motor de la libertad individual y colectiva.

Por otro lado, rescatando la significación originaria y el ideario anarquista libertario, el concepto “desde abajo” plantea una nueva lógica de pensamiento, acción y concepción de las relaciones sociales y políticas: tiene su punto de partida siempre en el problema o situación concreta al que se le busca respuesta, propuesta o solución, y en los sujetos involucrados en ello. Esta lógica se contrapone a aquella que sustenta lo que se piensa y ejecuta “desde arriba”, es decir, que piensa y proyecta las acciones a partir de las superestructuras, los aparatos gubernamentales y partidarios, alimentando una metodología propia de las minorías autoritarias, las élites iluminadas y las vanguardias.

Es por eso que, *construir poder desde abajo* implica, ante todo, una lógica diferente a la tradicional hegemónica acerca de *cómo* contrarrestar el poder del capital, *cómo* construir el poder propio, *desde dónde*, y *quiénes* lo harán. Esta lógica apela y apuesta siempre al protagonismo consciente de los pueblos y, simultáneamente –recuperando la significación que Marx otorgaba a lo radical-, hace de la raíz de los problemas o fenómenos, el punto de partida y llegada del proceso transformador. Apostar a la construcción de poder desde abajo para transformar la sociedad implica vivir un proceso revolucionario radical, desde abajo. Precisamente por ello, asumir esta propuesta político-metodológica resulta central en los procesos sociotransformadores que hoy tienen lugar en Latinoamérica, independientemente del lugar o la posición desde la cual se impulsen

las transformaciones: si desde la superestructura política, o desde una comunidad, si desde un puesto de gobierno, o desde la cuadra de un barrio. El papel que se desempeñe en el proceso de transformación puede estar vinculado o no a lo institucional, puede estar ubicado “arriba”, “abajo”, o “en el medio” de los escalafones jerárquicos establecidos en las estructuras estatales o gubernamentales, *construir desde abajo* implica -en todo momento, ámbito y relación-, un posicionamiento político-metodológico clave: partir del problema concreto y de los actores en él involucrados, para pensar las soluciones alternativas con ellos y desde su realidad, definir las, diseñarlas y realizarlas. Supone siempre, por ello, una organización, capacidad y una voluntad colectivas.

Construir poder desde abajo reclama, por tanto, un cambio cultural y político práctico, indispensable para el análisis y la práctica política actuales de los movimientos sociales y políticos de este continente, en tiempo de revoluciones desde abajo. Desde esta perspectiva se entiende que:

- La superación de la enajenación humana, la liberación individual y colectiva, es el sentido primero y último de la transformación social.
- El poder es una relación social y no “una cosa” (definición ya expresada).
- El *sujeto* (social, político, histórico) del cambio *es plural*; se expresa como *actor colectivo* y se autoconstituye como tal en el proceso mismo de resistencia, lucha y transformación sociales. No hay sujetos *a priori* de las prácticas de lucha en los momentos histórico-concretos.
- La transformación de la sociedad se desarrolla en un proceso complejo (proceso de procesos) que anuda simultáneamente participación, construcción, apropiación y empoderamiento colectivos, a partir de promover el protagonismo de todos y cada uno de los actores y actoras sociales y, consiguientemente, su conciencia y organización.
- Rechaza la lógica, organización, pensamiento y prácticas jerárquicas y verticalistas, discriminatorias y excluyentes. Y se propone desarrollar la horizontalidad como base para una nueva cultura solidaria y equitativa (en la práctica, el pensamiento, la organización, el poder).
- La construcción de lo nuevo se basa en una lógica de articulación-integración de las luchas sociales y de sus actores, de los caminos de maduración de

la conciencia política, de la definición y organización del instrumento político, y del proceso de construcción-acumulación de poder propio.

- La participación democrática es una característica *sine qua non* del proceso de transformación (y de la nueva sociedad). Articula la participación desde abajo del pueblo consciente y organizado, con el pluralismo (aceptación y convivencia con las diferencias y los diferentes), y la interrelación horizontal (no reconoce jerarquías entre actores).

- Profundiza la dimensión sociocultural de la democracia, integrando a esta la necesaria búsqueda de equidad de géneros, sexos, razas, etnias, capacidades, y – sobre esta base- radicaliza la crítica al poder hegemónico dominante, contribuyendo a su deconstrucción social, histórica y cultural, y a la construcción de nuevos rumbos democráticos participativos.

- Supone un reposicionamiento y redimensionamiento y significación de la política, lo político y el poder por parte del conjunto de actores sociales, políticos, y el pueblo todo.

- Se propone superar la sociedad capitalista, transformándola desde su interior en la misma medida en que los actores/sujetos van construyendo en sus prácticas cotidianamente los “avances” de lo que algún día será –en integralidad- la nueva sociedad anhelada. En ese proceso, van (auto)constituyéndose también los sujetos que la diseñan y luchan por hacerla realidad, como tales sujetos.

- El proyecto alternativo sintetiza y define el rumbo estratégico. Es por ello, a la vez, el eslabón que articula, cohesiona e imprime un sentido revolucionario cuestionador-transformador a las resistencias sociales, a las luchas sectoriales y a las propuestas reivindicativas, enlazándolas y proyectándolas hacia la construcción de lo que un día será una nueva civilización humana.

- Fundar y construir una nueva civilización humana significa fundar y construir un nuevo modo de vida. Ello implica el desarrollo yuxtapuesto, simultáneo y articulado de procesos de transformación de la sociedad, de sus modos de producción y reproducción, de transformación-autotransformación de los hombres y las mujeres que realizan esas transformaciones, y de las interrelaciones sociales (públicas y privadas) entre ellos establecidas.

- Los procesos y caminos de construcción del proyecto, del poder propio, y de la (auto)constitución de actores sociales (dispersos) en actor colectivo (sujeto) de la transformación, resultan estructuralmente interdependientes e interconstituyentes. El eje vital radica en los actores-sujetos, en su capacidad para desarrollarse y (auto)conformarse en actor colectivo del cambio (sujeto popular) y, por tanto, en su capacidad para diseñar y definir el proyecto, construir su poder, y –a la vez- dotarse de las formas orgánicas que el proceso de transformación vaya reclamando.

¿Construir poder *versus* tomar el poder?

En realidad la pregunta sería: ¿Se puede empezar a transformar la sociedad capitalista desde dentro, o es necesario abocarse a tomar el poder para luego transformar la sociedad? Las respuestas a esta interrogante reflejan, de modo abreviado, dos concepciones estratégicas respecto a la transformación de la sociedad capitalista: por “de arriba”, propia del siglo XX, o desde “abajo”, naciente con el siglo XXI.

Reflexionando, precisamente, acerca de las enseñanzas de las experiencias de la revoluciones sociales del siglo XX, y siempre teniendo como brújula que el problema principal de la revolución es la liberación humana, hoy resulta evidente que la transformación de la sociedad nunca será posible si lo nuevo no comienza a impulsarse y construirse desde abajo y desde el seno de las sociedades capitalistas (el presente) – aunque ello ocurra de modo fragmentado e inacabado-, en las resistencias, las luchas y las construcciones cotidianas en los diversos ámbitos de la vida social, familiar e individual.³⁹

En el proceso de confrontación con el poder hegemónico dominante del capital, los sectores populares despliegan, simultáneamente, sus capacidades de construcción y acumulación de poder (saber, organización, conciencia y proyecto), de posicionamiento territorial de fuerzas, de cultura, de organización política y de propuestas propias.

³⁹ En este aspecto, es importante recordar que el Poder se constituye y resulta de la articulación de un conjunto de relaciones que articulan toda la sociedad en torno a una fuerza social hegemónica, de la cual el Estado es solo una parte.

En tales procesos desarrollan sus capacidades de gestión y administración de lo propio (gobierno), van construyendo poder propio y lo van ejerciendo. Es decir, hay una toma⁴⁰ permanente de poder, un empoderamiento⁴¹ creciente –aun con marchas y contramarchas-, por parte de los actores sociopolíticos, respecto del curso y los destinos de sus vidas. Estos van construyendo consciente y voluntariamente lo que –reflexión crítica de su realidad mediante-, han decidido construir. Se produce una interdialéctica constante entre poder construido-poder apropiado y poder propio. Por ello afirmo que *se toma lo que se construye*. Porque no se “toma el poder” que existe, salvo para seguir sus reglas.

Si de transformación radical del poder se trata, toda apropiación del poder está mediada por la destrucción/superación del viejo poder y la construcción de uno nuevo, propio. De conjunto este proceso constituye un *proceso de empoderamiento colectivo* (y a la vez particularizado) de los actores.

En esta dimensión, construir poder--tomar poder no resultan caminos alternativos, separados, ni contrapuestos. Implican andares sinuosos y complejos, en los cuales el poder propio se va construyendo y, en tal sentido, es lícito conquistar espacios institucionales del poder existente, en tanto esto posibilite, estimule, facilite o impulse el desarrollo, la consolidación/acumulación/crecimiento de hegemonía propia, cambiando -en función de ella y a partir de ella-, todo lo que sea posible/factible de ser cambiado a favor del proceso sociotransformador: legislación, instituciones, funcionamiento y toma de decisiones.

Se trata de desarrollar nuevas formas y contenidos democráticos, participativos, para avanzar hacia lo nuevo en la misma medida en que se lo va construyendo. El poder político institucional resulta aquí claramente uno de los instrumentos para la transformación social, pero no su eje determinante.

Centrar la discusión en la interrogante acerca de si el poder se toma o se construye, empobrece el pensamiento y poda las alas de las voluntades de quienes resisten, luchan y construyen lo nuevo cotidianamente, inspirados/movilizados por la posibilidad de ir concretando en el presente, en la medida que sea posible, como *avances*, los sueños del

⁴⁰ Toma-apropiación: tomar conciencia de la capacidad de poder inherente al ser humano para luchar por su vida, y del poder propio construido.

⁴¹ Apropiación consciente, con sentido de pertenencia.

mañana diferente. La interdialéctica *poder propio construido--poder apropiado*, solo puede ser liberadora si es resultante y síntesis del empoderamiento pleno (multifacético) y protagónico de los actores sociales y políticos que lo construyen.

El poder no es, en ningún caso, un ente enclavado en la sociedad; no es una institución, ni un edificio, ni un territorio específico que se ocupa. Se vive (ejerce, siente) conscientemente como poder que hay que enfrentar/transformar, o como poder propio que hay que profundizar, construir, desarrollar, organizar, etcétera, o no existe proceso de construcción de poder ni hegemonía propios, ni se trata de un proceso liberador. Construir poder propio implica la conformación de un complejo proceso colectivo social, cultural, ideológico y político, articulado y orientado a la superación del sistema del capital, sobre la base de una (nueva) ética y una (nueva) lógica del metabolismo social, propias de los pueblos, que también se irán construyendo desde abajo. Y esto requiere de la voluntad organizada y la participación consciente de todos los actores sociales. En primer lugar, porque su actividad cuestionadora/transformadora hace al proceso mismo y, en segundo, porque la nueva sociedad anhelada no se formará espontáneamente, habrá de ser diseñada y construida *con la participación creativa* consciente de todo el pueblo, constituido en actor colectivo, protagonista pleno del proceso (sujeto).

Construir el futuro desde nuestras prácticas cotidianas en el presente

De ahí el contenido y alcance revolucionarios de la concepción que plantea transformar la sociedad y construir el (nuevo) poder, la nueva sociedad, desde abajo y desde el seno de las sociedades capitalistas, es decir, desde el presente. No hay un después en cuanto a tareas, enfoques y actitudes políticos, del mismo modo que no puede construirse democracia con prácticas autoritarias, no puede haber contraposición entre medios y fines. No se puede olvidar que son las prácticas diferentes las que desatan, promueven y afianzan las transformaciones de los modos de hacer, de vivir y de pensar. Hacer de estas, dimensiones cada vez más crecientes de gestación y desarrollo de lo nuevo es parte de la lógica de las revoluciones desde abajo.

Lo nuevo –aunque de modo fragmentado e incipiente-, se va gestando y construyendo desde el presente, en cada resistencia y lucha social enfrentada al capital, y se va desarrollando y profundizando en el proceso de transformación. En él, el ejemplo ocupa

el lugar pedagógico-político central. Es importante que quienes ocupan responsabilidades de dirección y liderazgo político y social tengan presente que sus modos de actuar política y socialmente valen más que mil palabras y constituyen la fuerza pedagógica primera.

Poner fin a la lógica del capital

El cambio social requiere poner fin al poder del capital, a su lógica de funcionamiento, y a sus mecanismos de hegemonía y dominación. Y esto tiene posibilidades de lograrse si se va construyendo una nueva cultura, nuevos modos de interrelaciones sociales, colectivas, grupales, comunitarias, alimentando -sobre esa base- el poder propio, creado y desarrollado con la participación de todos y todas, de modo que despliegue su independencia de pensamiento y acción encaminadas a la liberación individual y colectiva.

Si se llega al poder con la misma cultura del capital, a la corta o a la larga se reproducen sus modos de funcionamiento, su lógica verticalista, autoritaria, explotadora, discriminadora, excluyente y alienante. Es vital, por tanto, asumir el proceso de *construcción de poder propio inter-articuladamente con la creación y construcción de una nueva cultura.*

El poder popular no puede pensarse entonces como un “contrapoder” ni como un “antipoder”. Es mucho más que eso, es un camino integral de gestación de nuevos valores y relaciones y, en tal sentido, liberador. De ahí el lugar central y permanente que la batalla político-cultural ocupa en este proceso. Se trata de un proceso integral de transformación también integral: en lo social, económico, político, cultural, ético, jurídico, etc., todo se va transformando articuladamente marcado por la consciente actitud y actividad del actor colectivo protagonista del cambio. No se trata de diseñar (y transitar) primero una etapa dedicada a construir las bases económicas, luego otra destinada al cambio cultural... No hay etapas separadas entre sí que luego de transcurridas -en sucesión temporal-, den como resultado la nueva sociedad. En lo social el todo no es la suma de las partes, salvo dialécticamente hablando, es decir, interconectadamente, lo que habla de intercondicionamiento, interdependencia e interdefinición entre todas y cada una de ellas.

Solo por un camino integral será posible avanzar (de un modo integral), hacia una sociedad liberadora, desalienadora –que solo puede ser tal si es autodesalienadora-, y en ese sentido formadora de nuevos hombres y nuevas mujeres, diseñadores y constructores de la utopía anhelada.

Otras miradas relacionadas con el tema del poder

Algunos analistas del tema del poder plantean aristas convergentes con la propuesta elaborada y expuesta por mi desde hace años, particularmente en lo que hace a la crítica de la concepción superestructural, autoritaria, jerárquica y subordinante del poder y, consiguientemente, a la apuesta a “tomar el poder” para cambiar la sociedad, es decir, a la concepción de las revoluciones “desde arriba”. Existen, sin embargo, diferencias sustantivas en lo que hace a la propuesta de cómo encarar la transformación social en este nuevo tiempo, y cuáles son las lógicas nuevas (teóricas y prácticas) que, desde abajo, promueven u obstaculizan los cambios.

► En estas latitudes resultan bastante conocidos los análisis de John Holloway expuestos en su libro *Cambiar el mundo sin tomar el poder*. Haciendo suyos los planteos de Franz Hinkelammert, Holloway toma como punto de partida el “grito de los oprimidos” contra todo lo que los oprime. En la negación de la opresión, dice, se encuentra la realidad del anti-poder. Este “anti-poder” no puede identificarse como “contrapoder” porque lo que propone como alternativa es la “huida del poder”, es decir, un no-poder.

Esto, muy sintéticamente, pone de manifiesto que el mencionado autor no alcanza a captar, comprender o valorar políticamente, la nueva propuesta estratégica contenida en las recientes y actuales experiencias de amplios movimientos sociales latinoamericanos que han apostado y apuestan a la construcción de un poder propio desde abajo. Aprisionado por la mirada dicotómica de la que pretende colocarse fuera, Holloway se ubica exactamente en ella al proponer –en lugar de la vieja “toma del poder”-, la disolución del poder, su negación y de la identidad que nos cosifica (el Estado). Es la “huída del poder”. En este momento, según él, la libertad está más cerca, la negación es más real, el anti-poder se manifiesta con más fuerza. En síntesis, propone negar la opresión mediante la huída del poder y su disolución al límite.

Los planteamientos y aspiraciones de Holloway son indudablemente bellos y deseables y, en cierta medida, contribuyen a la crítica del poder hegemónico y a las viejas concepciones de las revoluciones “desde arriba”. Pero no van más allá. No contribuyen a fortalecer la capacidad estratégica de pensamiento, lucha, organización y construcción de alternativas concretas de los movimientos sociales y políticos. Estos buscan día a día mayores elementos para elaborar o fortalecer sus propuestas concretas, superadoras al dominio del capital y de su lógica perversa de succión y extinción de la vida humano-natural, y no mecanismos de evasión coyunturales, desorganización y desorientación estratégica.

Desde otro ángulo, Isabel Monal (*Marx Ahora*, Cuba), sorprende sin embargo por el grado de simplificación en que cae al pretender argumentar sus críticas a los planteamientos de Holloway, referidos a transformar la sociedad sin tomar el poder, por un lado, y a los míos, referidos a la construcción de poder desde abajo, por otro. Al exponer sus puntos de vista respecto del tema del poder, no da cuenta de la interacción compleja que existe entre construir/tomar poder/es. Pareciera desconocer que las concepciones relativas a las “revoluciones desde arriba”, el “socialismo de estado”, las “revoluciones desde abajo” y la construcción de hegemonía propia –batalla ideológico-cultural mediante-, han suscitado profundos debates entre revolucionarios como Marx, Engels, Lenin, Rosa Luxemburgo y Gramsci, para citar solo a autores reconocidos (como “marxistas”) por dicha investigadora.

Según sus palabras (ponerlas), el debate acerca del poder, las transformaciones en la conciencia, articuladas a la (auto)constitución de sujetos y de proyecto revolucionario, habría surgido en Latinoamérica en tiempos recientes. “...el debate que se refiere al problema de la toma del poder. Esta es una temática que se ha puesto desde hace años al rojo vivo en América Latina, a partir de planteamientos surgidos en el propio continente aunque por compañeros que no son *originalmente* de nuestra región.”⁴² (Sic)

Cual si el lugar de procedencia geográfica fuese *per se* un inconveniente o mácula insalvable que, además de serlo, determinara los contenidos ideológicos expresados por un pensador, pretendiendo desvirtuar las reflexiones de Holloway por su origen europeo

⁴² Monal, Isabel. 2008. “Problemática de la toma del poder político y la dictadura del proletariado”. En: *Política, Estado y transición socialista*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, p.22 [Las cursivas son de IR]

(del cual se desprenderían “naturalmente” posiciones no marxistas), Monal –sin nombrarlo-, acota: “La tesis sobre el tapete está sintetizada en una frase ya conocida: ‘cambiar el mundo sin tomar el poder’; dicho en esencia, que no hace falta la toma del poder para llevar a cabo los cambios sustanciales o revolucionarios.”⁴³

Y seguidamente, refiriéndose parcialmente a las posiciones que sostengo –aunque también sin nombrarme-, Monal subraya: “Una segunda posición elaborada inclusive con anterioridad, es la de que el poder no se toma, el poder se construye. //

“Como puede notarse en ambos casos hay una renuncia a la toma del poder (...). La idea de no tomar el poder no nació en estos años; en la tradición revolucionaria la encontramos desde el siglo XIX. Está en toda la tradición libertaria, anarquista por lo que de hecho *asistimos a una reactivación de una vieja tesis* sobre bases en parte añejas, en parte nuevas, planteadas a partir de una serie de circunstancias de las *luchas populares, algunas de las cuales no parecían tener perspectivas de llegar a las más altas instancias del poder nacional.*” (Sic) (...) Se piensa en ciertos casos que el poder se construye porque hay que crear conciencia primero.”⁴⁴

Monal se refiere a la antigüedad de la polémica solo intentando mostrar que lo que se discute ahora es -ni más ni menos- que una reedición oportunista de la vieja tesis anarquista. Sin embargo, no puede ocultar su afán de justificarse por la falta de previsión (suya) ante lo ocurrido en el continente con la irrupción de gobiernos revolucionarios de nuevo tipo, impulsados por las luchas protagonizadas por nuevos actores políticos. “...*no parecían tener perspectivas de llegar a las más altas instancias*

⁴³ *Idem*, pp.22-23. Es oportuno recordar que fueron los propios Marx y Engels, quienes advirtieron que no necesariamente habría que “tomar el poder” para producir los cambios sociales buscados. Tratan en varios de sus textos. Quiero recordar, por ejemplo, la intervención de Marx en el Congreso de La Haya: “El obrero deberá conquistar un día la supremacía política para asentar la nueva organización del trabajo; deberá dar al traste con la vieja política que sostienen las viejas instituciones, so pena, como los antiguos cristianos –que despreciaron y rechazaron la política-, de no ver jamás su reino de este mundo. // Pero nosotros jamás hemos pretendido que para lograr este objetivo sea preciso emplear en todas partes medios idénticos. // Sabemos que hay que tener en cuenta las instituciones, las costumbres y las tradiciones de los diferentes países; y nosotros no negamos que existan países (...), en los que los trabajadores puedan llegar a su objetivo por medios pacíficos.” *Obras Escogidas* en 3 tomos, T II, p. 312. En otro momento, Engels aborda el tema señalando que: “Se puede concebir que la vieja sociedad sería capaz de integrarse pacíficamente en la nueva en los países donde la representación popular concentra en sus manos todo el poder, donde se puede hacer por vía constitucional todo lo que se quiera, siempre que uno cuente con la mayoría del pueblo (...)” *Obras Escogidas* en 3 tomos, T III, p. 455.

⁴⁴ *Idem*, pp.22-23. [Las cursivas son de IR]

del poder nacional”, dice Monal; vale decir que: si ella hubiera “imaginado” la situación actual del continente, habría dicho antes otra cosa.

Pero -en cualquier caso-, su empeño actual no es efectivo porque ciertamente muchas de aquellas luchas “*no parecían tener perspectivas de llegar a las más altas instancias del poder nacional*”, y no llegaron. Los protagonistas de algunas de ellas apenas alcanzaron a disputar y constituir gobiernos nacionales, lo cual –si bien no es un pequeño logro-, no puede confundirse con “llegar al poder”.

Quienes argumentamos la propuesta y apuesta estratégica a la construcción de poder desde abajo, en la perspectiva de las revoluciones desde abajo, las cuales –entendiendo caracterizan los actuales procesos de cambio y superación del capitalismo, ciertamente no lo hicimos pensando que algunos de los movimientos que tomamos como referentes de prácticas y pensamientos, ganarían las elecciones, sino porque -partiendo de sus prácticas y reconociendo y rescatando las nuevas propuestas teóricas contenidas en ellas-, nos atrevimos a conceptualizarlas para –devolviéndolas al conjunto-, contribuir a dar la batalla político-cultural, imprescindible hoy para construir un *nuevo pensamiento comprometido* con las luchas sociotransformadoras en este continente indo-afro-latinoamericano, *nuevo pensamiento comprometido* que resulta vital para el desarrollo y avance de las luchas emancipadoras. Y reclamo la validez de emplear el término “nuevo pensamiento” aunque en otras latitudes haya sido utilizado con otros contenidos. No cabe pretender que tendremos que inventar para cada cosa una palabra nueva, por temor a que haya sido empleada previamente con algún significado diferente o incluso contrario al actual. En esto, como en todo, es el compromiso militante, la palabra empeñada en cada acto de vida, lo que cuenta y define el contenido.

Por eso vale reiterar que la construcción-acumulación de poder desde abajo, supone interarticuladamente procesos combinados, yuxtapuestos y contradictorios, de construcción-acumulación de conciencia, organización, propuesta y proyecto alternativo (socialista para los/as ortodoxos/as), es decir, es –a la vez- un proceso de construcción de sujetos que, en tanto presupone y es parte del proceso señalado, es en realidad un proceso de autoconstitución de actores sujetos, puesto que de ellos –de la participación y creación (auto)consciente de los actores-, depende el rumbo y las dimensiones del proceso, su

radicalización.⁴⁵ Construcción de poder, de conciencia, organización, sujetos y proyecto, implican procesos imbricados entre sí, donde el desarrollo de todos y cada uno de los elementos intervinientes que allí actúan se intercondiciona e interdefinin en permanentes y complejas dinámicas de interacción. Rechazar esto escudados/as en cualquier bandera o argumento doctrinario, lejos de ayudar a esclarecer y fortalecer las luchas de los movimientos populares, contribuye a su desorientación. Los alienta, además, a que —por rechazo al dogma- y encandilamiento de “bellas palabras”, asuman posiciones *light* en relación al poder, sostenidas por quienes dicen traer la “buena nueva” revolucionaria, cuando en realidad arrullan viejos cánticos conciliadores.

¿“Vía electoral” para la toma del poder?

La experiencia de los gobiernos revolucionarios latinoamericanos

El gobierno puede resultar un instrumento político clave para el proceso transformador, acceder a él constituye -en tal perspectiva-, un gigantesco paso de avance para desarrollar procesos de empoderamiento sociales colectivos. La apertura y /o ampliación de procesos democráticos participativos puede activar/profundizar los procesos de conformación del actor colectivo del cambio, promoviendo —desde abajo- la transformación del propio gobierno y sus formas de ejercicio institucional y de control social, recortando —a través de ellas-, el poder o -mejor dicho-, los poderes instituidos del capital. De ahí que en los actuales procesos latinoamericanos de construcción democrática de lo nuevo, resulte central la realización de *asambleas constituyentes*, sustrato jurídico, político y social de la nueva institucionalidad engendrada por los procesos de luchas sociales, abanderados por la resistencia, el empuje y los reclamos históricos de los pueblos de este continente (con sus organizaciones sociales y políticas).

Obviamente, no se puede espera que las asambleas constituyentes sean, en sí mismas motor del cambio. Los pueblos han de estar preparados para plasmar en ellas sus puntos

⁴⁵ El concepto "autoconcientización" indica, precisamente, que la toma de conciencia es un proceso interior e intersubjetivo, es decir, que se produce mediado por la actividad (práctica) de los actores sujetos. No quiere decir que sea un proceso espontáneo o que deba nacer espontáneamente de la propia gente, sino que —siendo dirigido, orientado, promovido, etcétera—, no puede ser externo (ni impuesto) a los actores sociales ni a los sujetos individuales. Subrayo aquí el concepto de intersubjetividad apoyándome en lo planteado por J. Habermas: "Tenemos que devolver a ese <auto> un sentido intersubjetivo. Nadie puede ser libre por sí solo. Nadie puede llevar desconectado de los demás una vida consciente, ni siquiera su *propia* vida. Nadie es sujeto que solo se pertenezca a sí mismo." *La necesidad de revisión de la izquierda*, Tecnos, Madrid, 1996, 2da ed., p. 55.

de vista y para definir las acorde con sus intereses. Pero en esto, como en todo, no puede perderse la noción de proceso: no puede pretenderse que se alcancen todos los objetivos en la primera asamblea; habrá que hacer tantas asambleas constituyentes como lo vaya reclamando y posibilitando la profundización, radicalización de los procesos, marcada, en primer lugar por la maduración política del actor colectivo, fuerza social del cambio. En esto, como en todo, no se trata de un acto que pone punto final a la supervivencia del basamento jurídico-institucional del capital; es el proceso de construcción cotidiana sistemática y permanente.

Esto implica una modificación de la concepción acerca del lugar y el papel del Estado en los procesos sociales de cambio, en su interrelación con la llamada “sociedad civil”: movimientos y organizaciones sociales, partidos políticos, organizaciones comunitarias, religiosas, etc. y viceversa, en su interrelación con los gobiernos nacional y estatales, provinciales, departamentales, etc., en lo jurídico-institucional y en lo democrático-participativo.

Los actuales procesos político-sociales latinoamericanos, particularmente los de Venezuela y Bolivia, enseñan que siendo gobierno –si hay voluntad política colectiva como sustrato- es posible impulsar la participación protagónica del pueblo en el proceso y con ello avanzar –desde abajo- en la construcción del actor colectivo, su conciencia y organización, bases del proceso de construcción del poder popular revolucionario. Es precisamente por ello que estas experiencias se empeñan en una gran transformación cultural y política (práctica-educativa), entendiéndolas como plataforma indispensable para los cambios. Esto caracteriza particularmente el proceso actual de Bolivia, definiéndolo como una revolución democrático-cultural desde abajo. Los logros están a la vista, también los desafíos.

Lo expuesto reafirma una hipótesis: en las condiciones actuales de Latinoamérica, la disputa político-electoral por el gobierno nacional resulta una instancia clave para los procesos de cambios. Negarse a participar en tales contiendas, implicaría -de hecho-, la negación de toda política, a la vez que tornaría un sinsentido la lucha de clases, los procesos de acumulación de fuerzas y la construcción sociopolítica toda, ya que -de antemano- se les impone a esta un límite que –por definición- no se desearía traspasar.

“No resulta suficiente protestar contra las injusticias. No resulta suficiente proclamar que otro mundo es posible. Se trata de transformar las situaciones y tomar decisiones efectivas. Y en ello radica la pregunta acerca del poder.”⁴⁶

Hacer política es imprescindible y fundamental. El problema radica en cómo hacer política de un modo y con un contenido diferente al tradicional, en no ser funcional al poder del capital y, articulado a ello, en cómo superar la desconfianza instalada en las mayorías populares hacia los partidos políticos, los políticos y la política.

En esta perspectiva, lo que podría entenderse como *vía electoral* para realizar las transformaciones sociales, resulta hoy para los pueblos un camino medular para el proceso de construcción, acumulación y crecimiento de poder, conciencia, propuestas y organización política propias, en proceso de (auto)constitución de los actores sociales y políticos en sujeto popular del cambio. Pero esta apuesta no puede interpretarse ni concebirse como el “camino electoral para la toma del poder”; implica otro modo de entender y realizar la transformación social.

No se trata de llegar al gobierno para “dar el manotazo”, no se trata de reemplazar la insurrección por las urnas, y pretender que una vez ganadas las elecciones, llegando al gobierno se puede actuar obviando la correlación de fuerzas (conciencia, organización, cultural y poder) existente, y la necesidad de cambiarla favorablemente a los pueblos, para lo cual se ha emprendido el tránsito hacia lo nuevo por esta vía, tránsito que reclama -como momento central y eje del mismo- la existencia de un fuerte actor colectivo, fuerza social y política de liberación en los ámbitos parlamentario y extraparlamentario.

En tal sentido, estar en el gobierno puede significar para las fuerzas sociales transformadoras contar con un instrumento político de primer orden que, en conjunción con el protagonismo de las fuerzas sociales extraparlamentarias populares activas, puede abrir puertas y promover transformaciones mayores. Ni la participación electoral, ni el ser gobierno provincial o nacional constituyen -en esta perspectiva-, la finalidad última de la acción política.

En cualquier caso, vale aclarar un punto: no se trata de participar de las elecciones para acceder a espacios/fracciones del poder existente, y limitarse a ejercerlo *ocupando*

⁴⁶ Houtart, François. 2003. “Convergencia de movimientos sociales: un ensayo de análisis”, texto presentado a la Conferencia Internacional “La obra de Carlos Marx y los desafíos para el Siglo XXI”, La Habana

sus espacios parlamentarios o gubernamentales -nacionales o locales-. No se trata de “hacer buena letra” para quedar bien con los detentores tradicionales del poder establecido, y –de modo consciente o no-, contribuir a relegitimar, reoxigenar y reproducir el sistema del capital y sus lógicas. Es injustificable que la participación de la izquierda en gobiernos locales o nacionales se alcance proponiendo construir lo nuevo, pero termine luego aceptando o incluso promoviendo políticas neoliberales o sostenedoras/salvadoras del capitalismo. En tal caso, por muy buenas intenciones que se tengan, las elecciones –y la maquinaria institucional funcional al capital-, terminarán tragándose la perspectiva de transformación social de los que participan en el gobierno. Esto conduce a desacreditar el sentido político estratégico transformador que tiene para la izquierda y los actores/sectores que la acompañan, la participación en la disputa democrática para acceder a parlamentos y gobiernos, además de que termina generalmente abortando el proceso político/social hacia posicionamientos personales.

Los casos más evidentes en este sentido resultan ser los de parlamentarios que llegan a ser tales en nombre de movimientos sociales u organizaciones políticas de izquierda y luego -cortando todo vínculo- se dedican a hacer de la bancada un ámbito para sus ambiciones personales, o un lucrativo “puesto de trabajo”. Ese es, precisamente, el juego del poder: quebrar, aislar, manipular o corromper.

Esto alerta, por un lado, sobre el indeclinable papel protagónico de los actores sociopolíticos colectivos en todas las dimensiones, tiempos y tareas del proceso político transformador y, articuladamente con ello, alerta acerca de los métodos y los instrumentos a emplear, crear, etcétera. Por otro, indica que las transformaciones sociales de la época actual implican profundos (radicales) procesos de cambios, pues la transición a otra sociedad supone, necesariamente, la articulación de los procesos locales, nacionales y/o regionales con el tránsito global hacia un mundo diferente, y la formación del sujeto revolucionario global.⁴⁷

⁴⁷ Formar una nueva cultura, como la socialista, por ejemplo, no implica solo luchar contra el capitalismo anterior, contra los rezagos y lastres del pasado, sino también dar cuenta de la influencia del capitalismo contemporáneo y sus modos de acción mundialmente contaminantes y contagiosos. Por eso los cambios radicales, la construcción de hombres y mujeres nuevos, la construcción de una nueva cultura, de un nuevo modo de vida, es –a la vez que un empeño local- parte de un proceso contracultural universal, hacia la conformación de un sujeto revolucionario mundial, es decir, una humanidad que, conscientemente, quiera vivir de un modo diferente al impuesto por el capital y se decida a construirlo y sostenerlo.

Se puede avanzar –de hecho ocurre- en el ámbito de un país, pero es vital ir generando consensos regionales e internacionales, interarticularse con otros procesos sociotransformadores. En Latinoamérica se abren hoy grandes oportunidades para ello, dada la coincidencia histórica de gobiernos como los de Venezuela, Bolivia, Ecuador, Cuba, Brasil, Nicaragua, Uruguay, entre otros. Esta situación emerge como resultado de la acumulación de resistencias y luchas de los pueblos, y marca el predominio de la tendencia transformadora que se abre paso en medio (a través) de la casualidad.

El desafío es, en este sentido, superada la “sorpresa” inicial, poner en marcha propuestas concretas que permitan, por un lado, fortalecer y articular a las organizaciones sociales y políticas de los pueblos y, por otro, profundizar los procesos de cuestionamiento de las medidas regresivas del neoliberalismo, frenar su implementación y, allí donde sea posible, anular su vigencia y avanzar creando y construyendo lo nuevo, incluyendo en ello, por supuesto, la profundización de las dimensiones y el ejercicio efectivo de la democracia desde la raíz, desde abajo, por los de abajo y en función de los intereses colectivos.

Sobre esa base, y simultáneamente, los primeros pasos resultan hasta ahora marcados por el desarrollo de programas de gobierno que -teniendo en cuenta la correlación de fuerzas existente y las posibilidades de modificarla favorablemente-, impulsen al máximo posible los procesos socio-transformadores consolidando la gestión gubernamental naciente, o preparándose para participar en los procesos electorales, y ganar. De ahí en más: lo dicho, los actores y la vida...

Lo expresado marca una diferencia fundamental respecto de la propuesta socialdemócrata, que se plantea apenas “mejorar” el capitalismo. Sus reformas no están concebidas como parte de un camino para superar el capitalismo, sino para sostenerlo aliviando sus conflictos. Consiguientemente, la socialdemocracia amolda y acomoda –en cada momento- sus gobiernos y sus políticas a las necesidades y dictados del capital.

Construir una amplia fuerza social de liberación

La vía democrática de transformación social constituye un gran y novedoso desafío para las organizaciones sociales y políticas populares. Ella implica que en cada momento del proceso haya que optar y ratificar (o rectificar) a favor de quiénes y de qué políticas se está, y desde dónde, quiénes gobiernan y para quiénes. Esta es siempre una opción

conciente, individual y colectiva, y para lograrla o mantenerla hay que construirla cotidianamente desde abajo. Supone, a la vez, ir transformando la democracia en la medida que se sea capaz de profundizarla (abrirla a la participación de la ciudadanía), radicalizarla y construir otras modalidades o rescatar democracias preexistentes en los pueblos (por ejemplo, los pueblos originarios y sus prácticas comunitarias). Esto irá conformando las bases para una nueva legalidad y jurisprudencia (y viceversa), respaldo y sostén de los procesos socio-transformadores colectivos, constructores también en lo político de una nueva cultura de poder basada en la participación colectiva creciente en el proceso de toma de decisiones y en la ejecución de las resoluciones y el control de los resultados y la gestión gubernamental toda. En esto, como en las demás áreas y ámbitos, es vital el empoderamiento creciente y liberador de los pueblos.

Por todo ello resulta fundamental que la participación electoral se discuta, construya y desarrolle respondiendo (articulada) a un proceso político mayor traccionado por *una amplia fuerza social extraparlamentaria* capaz de pensar, organizar e impulsar el proceso hacia transformaciones mayores, buscando ir más allá del capitalismo, conformando una alternativa local (nacional) y –a la vez- continental, de liberación de los trabajadores y el pueblo, orientada hacia lo que en un futuro podrá llegar a ser un socialismo nuevo, creado y construido –desde abajo y día a día- colectivamente.

El desafío político neurálgico para la transformación de la sociedad desde abajo hacia la superación del capitalismo, radica en construir *un amplio movimiento sociopolítico articulador de las fuerzas parlamentarias y extraparlamentarias de los trabajadores y el pueblo*, en oposición y disputa con las fuerzas de dominación parlamentaria y extraparlamentaria del capital (local-global), y todo ello demanda una profunda transformación ideológica, política y cultural. Como explica István Mészáros:

“Sin un desafío extraparlamentario orientado y sostenido estratégicamente, los partidos que se alternan en el gobierno pueden continuar funcionando como convenientes *coartadas* recíprocas al fracaso estructural del sistema para con el trabajo, confinando así efectivamente el papel del movimiento laboral a su posición de *plato de segunda mesa*, inconveniente pero *marginable* en el sistema parlamentario del capital. Por consiguiente, en relación con el terreno

reproductivo material y con el político, la constitución de un movimiento de *masas* extraparlamentario socialista estratégicamente viable –en conjunción con las formas tradicionales de organización política del trabajo, para el presente irremisiblemente desencaminadas, que necesitan perentoriamente de la *presión y el apoyo radicalizadores* de las fuerzas extraparlamentarias- es una precondition vital para contrarrestar el inmenso poder extraparlamentario del capital.”⁴⁸

IR MÁS ALLÁ DEL CAPITALISMO, SUPONE UNA LARGA TRANSICIÓN

Si se acepta que el replanteo profundo del tipo de sociedad que se quiere construir implica, por un lado, la construcción del actor colectivo del cambio social y la disputa/construcción de poder y hegemonía propios que se desarrolla hoy a través de los procesos democrático-parlamentarios, si se acepta, por otro lado, que esto implica a la vez, una radical modificación de la concepción del desarrollo económico y del bienestar social, repensados y diseñados sobre bases solidarias, equitativas y sustentables, y -simultáneamente articulado a lo anterior-, una radical modificación del modelo político, social y cultural hasta ahora conocido por la humanidad, junto a la creación de nuevos parámetros de bienestar y progreso basados en la participación democrática organizada y consciente de las mayorías, se coincidirá entonces en que la búsqueda de nuevos paradigmas –fortalecida por los nuevos caminos y horizontes políticos que existen hoy en el continente-, reclama repensar *la transición* hacia la nueva sociedad desde nuevas bases y premisas: las de la construcción del poder, los sujetos y el proyecto alternativo desde abajo, desde el presente y desde el interior del capitalismo, desarrollando la participación democrática integral de la ciudadanía en todos los ámbitos de la vida social y capacitándolos para ello, impulsando la transformación cultural de los pueblos hacia su (auto)constitución en actor político colectivo, sujeto revolucionario.

La superación del capitalismo requiere –si de terminar con *sus males* se trata-, de la superación de la lógica del funcionamiento del capital. Esto hace que la transformación social suponga una *larga transición*. Esta nace en las entrañas del capitalismo, pero no ocurrirá espontáneamente, ni por la maduración “necesaria” de condiciones, ni como

⁴⁸ *Más allá del capital*, Ed Vadel, Caracas, 2001, p. 849.

consecuencia “natural” de las cada vez más profundas crisis cíclicas del capital; su desenlace, avance y radicalización, requieren de la acción política consciente, organizada y articulada a una orientación estratégica socialista.

Esta transición tiene entre sus tareas centrales la *construcción de poder político-cultural popular desde abajo*, simultáneamente llave y camino para la construcción del actor colectivo, la fuerza social revolucionaria del cambio y su organización política, impulsado por la participación democrática de los pueblos, y cohesionado inicialmente mediante definiciones programáticas estratégicas que orienten y contribuyan a hacer confluir y enlazar los procesos de lucha y transformación que nacen en los ámbitos comunitarios locales con los que tienen lugar en otras dimensiones y ámbitos.

Se trata de ir definiendo colectivamente un proyecto alternativo capaz de imprimirle una direccionalidad común a la diversidad de procesos de resistencias, luchas y construcciones de vías de sobrevivencia sectoriales que se desarrollan aparentemente aislados entre sí. De conjunto, esto alimenta el proceso de [auto]constitución de los actores sociopolíticos en actor colectivo del cambio (sujeto histórico), constructor de su hegemonía (su poder político, cultural y social) sobre nuevas bases, es decir, encarnando a la sociedad superadora del capitalismo y de su lógica de funcionamiento, en la medida que se la va construyendo en las prácticas alternativas del presente.⁴⁹ En este empeño, el desarrollo de la participación democrática y consciente de todos y cada uno de los actores y actoras sociales y políticos, y el desarrollo de la batalla cultural que la haga posible y verdadera, es decir, desalienante, resulta elemento definitorio vital.

Vale recordar que los cambios sociales *no son resultados* de los cambios en la economía, en las relaciones de propiedad, las estructuras, las leyes y las instituciones; son inherentes a la actividad socio-transformadora integral de los sujetos. Por tanto, toda revolución social radical (desde abajo) tiene como centro y punto de partida a los seres humanos concretos que integran una sociedad concreta en un momento histórico determinado; de ahí que sea imprescindible enfocar el proceso socio-transformador en su

⁴⁹ La maduración de este proceso, el momento en el que se producirá una fuerza tal que sea capaz de enrumbar esa transformación más abarcadora del todo social, si bien constituye el objetivo estratégico de ese poder popular, no puede definirse *a priori*, ni será el mismo para todas y cada una de las sociedades y los momentos históricos.

integralidad y profundidad multidimensional e intercultural. Esta complejidad del proceso es parte sustantiva, característica de *las revoluciones desde abajo*, creadas y protagonizadas por los pueblos. Tales son las revoluciones sociales del siglo XXI.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA/EMPLEADA

- **Amín**, Samir. 1999. *Miradas a un medio siglo. 1945-1990*. Plural-Iepala, La Paz.
- **Castro**, Fidel. 1990. *Rectificación*. Selección temática. Editora Política, La Habana
- **Dri**, Rubén. 2002. “Debate sobre el poder en el movimiento popular”.
En: www.rebelión.org
- **Dussel**, Enrique. 1999. “Sobre el sujeto y la intersubjetividad: el agente histórico como actor en los movimientos sociales”, Revista *Pasos*, 84, DEI, Sn José.
- **Fals Borda**, Orlando. 2007. *Hacia el socialismo raizal y otros escritos*. Desde Abajo, Bogotá.
- **Foucault**, Michel. 1992. *Microfísica del poder*. La Piqueta, Madrid, 3º Edición.
- **González Casanova**, Pablo. 2004. *Las nuevas ciencias y las humanidades. De la academia a la política*. Editorial Anthropos, Barcelona.
- **Gramsci**, Antonio. 2001. *Cuadernos de la cárcel*. Edición crítica completa a cargo de Valentino Gerratana. Ediciones ERA-Universidad Autónoma de Puebla, México.
- **Habermas**, J. 1996. *La necesidad de revisión de la izquierda*, Tecnos, Madrid.
- **Harnecker**, Marta. 1985. *Reflexiones acerca del problema de la transición al socialismo*, Alfa y Omega, Santo Domingo.
- **Hinkelammert**, Franz. 2002. *El retorno del sujeto reprimido*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- **Holloway**, John. 2002. *Cambiar el mundo sin tomar el poder*. Herramienta. Buenos Aires
- **Houtart**, François. 2003. “Convergencia de movimientos sociales: un ensayo de análisis”, texto presentado a la Conferencia Internacional “La obra de Carlos Marx y los desafíos para el Siglo XXI”, La Habana.

- **Lenin**, Vladimir I., “Informe sobre la sustitución de la requisa de excedentes por un impuesto en especie”, marzo de 1921. *Obras Completas* en 50 tomos, T. 35, Cartago, Buenos Aires.
- -----“Ante el IV aniversario de la revolución de octubre”, *Obras Completas* en 50 tomos, T. 35, Cartago, Buenos Aires.
- -----“Mejor poco, pero mejor”, *Obras Completas* en 50 tomos, T. 36, Cartago, Buenos Aires.
- **Luxemburgo**, Rosa. 1971. “Cuestiones de organización de la socialdemocracia rusa”, en *Lecturas de pensamiento marxista*, Edición Revolucionaria, La Habana.
- **Machado**, Darío, 1993. *Nuestro propio Camino, análisis del proceso de rectificación en Cuba*, Editora Política, La Habana.
- **Mariátegui**, J. Carlos. 1982. *OBRAS*, Tomo 1, Casa de las Américas, La Habana.
- **Marx**, Carlos y **Engels**, Federico. *Obras Escogidas en tres Tomos*, Tomo I, II y III Editorial Progreso, Moscú (1976; 1974; 1973).
- **Mészáros**, István, 1978. *La teoría de la enajenación en Marx*, Ediciones Era, México.
- -----2001. *Más allá del capital*, Vadell Hermanos Editores, Caracas.
- -----2008. *El desafío del tiempo y la carga del tiempo histórico. El socialismo en el siglo XXI*. Vadel Editorial, Caracas
- **Monal**, Isabel. 2008. “Problemática de la toma del poder político y la dictadura del proletariado”. En: *Política, Estado y transición socialista*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana
- **Rauber**, Isabel. 2009. “Siglo XXI: tiempo de revoluciones desde abajo”.
En: www.pasadoypresente21.org.ar
- -----2006. *Sujetos Políticos*. Desde Abajo, Bogotá.
- -----2005. “Movimientos sociales, género y alternativas populares en Latinoamérica y El Caribe”, publicado en *Itinéraires* No, 77, IUED, Ginebra.
- -----2005. “La revolución teórica de Marx.” En: www.pasadoypresente21.org.ar
- -----2004. *Movimientos sociales y representación política. Articulaciones*. Ciencias Sociales, La Habana.

- -----2000. *Construcción de poder desde abajo. Claves para una nueva estrategia.* CIPROS. Santo Domingo.
- -----1997. *Actores sociales, luchas reivindicativas y política popular,* Ediciones UMA, Buenos Aires.
- -----1994. *Construyendo poder desde abajo.* Debate Popular. Santo Domingo.

Lecturas recomendadas:

- Amín, Samir. 1999. *Miradas a un medio siglo. 1945-1990*. Plural-Iepala, La Paz.
- **Castro**, Fidel. 1990. *Rectificación*. Selección temática. Editora Política, La Habana.
- **Dussel**, Enrique. 1998. *Ética de la Liberación*, Editorial Trotta, Madrid.
- **Fals Borda**, Orlando. 2007. *Hacia el socialismo raizal y otros escritos*. Desde Abajo, Bogotá
- **Guevara**, Ernesto. *El socialismo y el hombre en Cuba*. Ediciones en papel o en la Web.
- **González Casanova**, Pablo. 2004. *Las nuevas ciencias y las humanidades. De la academia a la política*. Editorial Anthropos, Barcelona.
- **Harnecker**, Marta. 1985. *Reflexiones acerca del problema de la transición al socialismo*, Alfa y Omega, Santo Domingo.
- **Luxemburgo**, Rosa. 1971. “Cuestiones de organización de la socialdemocracia rusa”, en *Lecturas de pensamiento marxista*, Edición Revolucionaria, La Habana.
- **Machado**, Darío, 1993. *Nuestro propio Camino, análisis del proceso de rectificación en Cuba*, Editora Política, La Habana.
- **Mészáros**, István, 2001. *Más allá del capital*, Vadell Hermanos Editores, Caracas
- -----2008. *El desafío del tiempo y la carga del tiempo histórico. El socialismo en el siglo XXI*. Vadel Editorial, Caracas.
- **Rauber**, Isabel. 2004. *Movimientos sociales y representación política. Articulaciones*. Ciencias Sociales, La Habana.
- -----2000. *Construcción de poder desde abajo. Claves para una nueva estrategia*. CIPROS. Santo Domingo.